

EL COLIBRÍ

Segunda época N° 9

19 DE JULIO DE 1823

Edición especial

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA
Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

BOLÍVAR VENCE A AGUALONGO



El propio General Simón Bolívar dirigió las operaciones

Bl general Demarquet, secretario de S. E. el Libertador, informó que el 17 de julio: “a las 2 de la tarde S. E. en persona con su Estado Mayor y algunos Guías se acercó a las primeras calles de esta villa y al momento que se convenció de que el enemigo estaba efectivamente en la plaza, mandó atacarlo con tal acierto y violencia, que la dispersion fué total, la mortandad horrorosa y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra tomados, en muy grande cantidad.

Todo el Ejército Libertador se ha portado con un valor y un entusiasmo que no tiene ejemplo; pero la caballería sobre todo, se ha distinguido, haciendo prodigios como nunca.

Jamás se ha visto un triunfo más completo y conseguido contra hombres más resueltos que los pastusos, pues su resistencia después de haber salido de esta villa y en todo el camino hasta el Chota fué tan tenaz que se debería admirar si hubiera sido empleada en la defensa de una causa justa”.

Tras el triunfo el libertador ayer salió para Guayaquil

Conocemos, de última hora, que el Libertador salió el día de ayer para la capital de Quito, desde donde se desplazará a Guayaquil para organizar la campaña militar del Perú. El general Sucre se retiró de Lima por la presencia en el Callao del ejército realista de Canterac.

Agualongo no pudo ser capturado

Los que han podido escapar son perseguidos en todas direcciones por la caballería y S. E. mismo lo hizo hasta el puente de Chota. La infantería sigue hoy por la ruta principal. Mandó para Pasto un ejército capaz de reducir al orden a aquel pueblo.



INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGÍA

EL COLIBRÍ



SEGUNDA ÉPOCA EDICIÓN ESPECIAL N.º 9 17 de julio de 2023
PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO.

Plutarco Cisneros Andrade
Presidente del IOA,
Canciller de la Universidad de Otavalo

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicepresidente del IOA,
Vicecanciller de la Universidad de Otavalo

Antonio Romillo Tarke
Rector de la
Universidad de Otavalo

El Colibrí deja constancia de su agradecimiento a todas aquellas personas que hicieron posible esta edición especial.

TEXTOS: Plutarco Cisneros Andrade (Melchor Cotama), Rosalía Arteaga Serrano, Fausto Jaramillo Yero (Federico Chutas), Fernando Jurado Noboa (Valdemiro Villegas), Diego Rodríguez Estrada (Benjamín L. Quiroga), Marcelo Valdospinos Rubio (Amauta), Hernán Jaramillo Cisneros, José Villarreal Miranda (Martín Etxegarai), Juan Suárez Proaño (Fernanda Therán).

CORRECCIÓN DE ESTILO: Juan Suárez Proaño

DIAGRAMACIÓN: Luis Alajo Plazas

ILUSTRACIONES: José Villarreal Miranda

EDICIÓN: Plutarco Cisneros Andrade, Diego Rodríguez Estrada

DIRECTOR RESPONSABLE: Plutarco Cisneros Andrade

NOTA AL LECTOR

“El Colibrí” fue creado para trasladar al lector, de manera periodística, resúmenes de investigaciones realizadas sobre hechos y acontecimientos que tuvieron o tienen significación y relevancia histórica. El estilo adoptado emula lo que hubiesen publicado si la prensa escrita habría existido en ese tiempo y en esas localidades geográficas.

Hoy celebramos el bicentenario de la batalla de Ibarra en la que Bolívar derrotó a las fuerzas lideradas por el coronel Agustín de Agualongo. Ese hecho, analizado y comentado en el transcurso de los años, se ha marcado por una visión, en muchos casos sesgada: resaltando los méritos de un bando y los desméritos del otro.

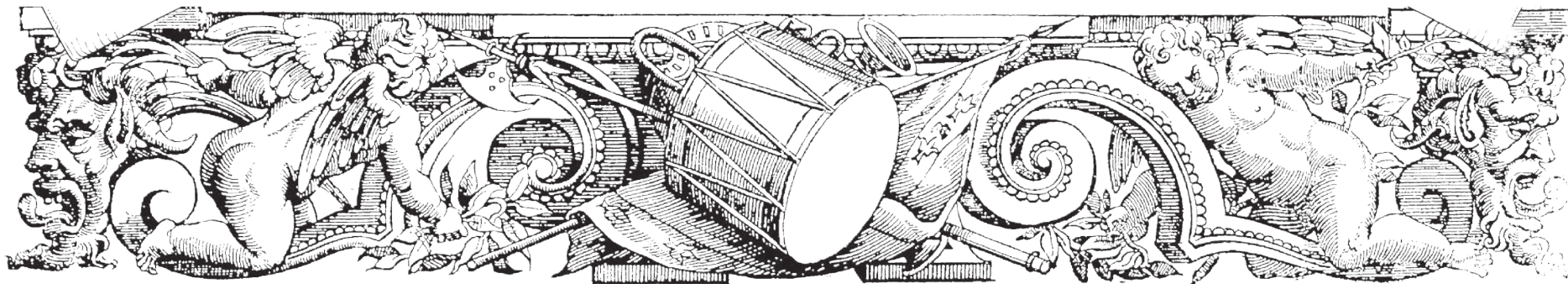
Bolívar no pudo estar presente en la batalla de Pichincha, como lo había anunciado. Las fuerzas rebeldes de Pasto le dieron fuerte batalla en Bomboná. Se equivocó cuando señaló que “la guerra con los españoles estaba terminada” pero acertó cuando dijo que “la voluntad del pueblo (de Pasto) está contra nosotros”.

Entre esa fecha —junio de 1822— y la batalla de Ibarra —julio de 1823— se suceden muchos acontecimientos importantes que son indispensables conocerlos para entender la rebeldía de los unos y las acciones militares y represalias de los otros.

Esa mirada panorámica se sustenta en la amplia documentación que existe.

Una vez más señalo que acudimos a distintas fuentes bibliográficas; a cada uno de los autores, con respeto, los consideramos parte del equipo periodístico. Por la propia naturaleza del trabajo, omitimos las citas de rigor.

Esta entrega de “El Colibrí” es una conmemoración histórica de un hecho que tuvo significación hace 200 años. Recordar ese bicentenario y hacerlo con espíritu de reflexión es la intención.



CARTA DEL DIRECTOR



El día 17 de julio, se enfrentaron las fuerzas militares del Coronel Agustín Agualongo y las del Libertador Simón Bolívar, con el triunfo de estas últimas. Una dolorosa jornada que deja en el campo de batalla a centenares de muertos y muchos heridos. La gran mayoría corresponde a hombres que vinieron desde Pasto según los últimos datos que tenemos.

Ha sido, en palabras del General Eloy Demarquet, “una horrosa matanza”.

La pregunta crucial que nos hacemos es si este será el episodio final del enfrentamiento de las fuerzas independentistas con las fuerzas pastuzas que se presentan como fieles al Rey o, si, dolorosamente, tendremos que vivir todavía otras etapas.

Hemos querido resumir en esta edición especial los acontecimientos que se han desarrollado desde la batalla de Pichincha del 24 de mayo del año pasado. Nuestros corresponsales se han distribuido en diferentes sitios para cubrir los hechos que se producían en Pasto, Quito, Guayaquil. Han tenido aproximación con personas cercanas al Libertador y a los rebeldes de Pasto en procura de información de primera mano.

Bolívar ha tenido que multiplicar sus esfuerzos para consolidar la independencia de estos territorios. Se reunió en Guayaquil con el Libertador San Martín para tomar decisiones que no las sabemos pero que, a priori, nos permiten concluir que definieron el destino de las acciones a tomarse en el Perú para afianzar la independencia de todos los pueblos de América bajo su liderazgo; una grave situación afecta esa campaña: el general español Canterac desembarcó en el Callao con 7000 hombres armados y equipados; administrar Colombia y sus departamentos tampoco ha sido fácil; y, adicionalmente, le correspondió, personalmente, dirigir las acciones militares que culminaron con la batalla de Ibarra. Ayer, un día después del enfrentamiento, ha regresado a Quito para tornar a Guayaquil, según nos informaron, para continuar los preparativos de la campaña militar en el Perú y la subsecuente organización política, si triunfa militarmente.

El general Sucre ha estado en los dos frentes de batalla: Pasto y Lima. En la primera derrotó a los rebeldes en una acción que tuvo un final trágico que, sin duda, debe conmoverlo de modo permanente: los desmanes de sus tropas que propiciaron una navidad ensangrentada el año pasado. Hoy está retirándose de Lima, armando fuerzas y enfrentando a las autoridades peruanas.

En Pasto, Merchancano y Agualongo han dirigido las operaciones militares que surgieron por el descontento de los pueblos de la jurisdicción de Pasto que han sufrido reiteradas y severas represiones por expresar su escasa adhesión a las ideas independentistas.

Las batallas significan una progresiva sucesión de vencedores y derrotados. En ambos casos, una acumulación de víctimas. Muertos y muchos heridos. Pueblos devastados. El precio para ser libres ha sido alto. Y lo pagan los más desprotegidos: a ellos acuden los dos bandos para la recluta de hombres, que es el capital más valioso que quitan a familias y comunidades. Para quienes no apoyan a unos u otros, la amenaza de requisas o fusilamientos es permanente. A muchos ni siquiera habrán preguntado si apoyaban o rechazaban las causas que defienden los dos ejércitos. ¿Estaremos pensando igual cuando se habla de ser libres?

Creo que las vicisitudes no han concluido. Si Agualongo y Mercanchano no murieron en Ibarra y lograron escapar, creemos que persistirán en sus empeños. Pero, no especulemos sobre los próximos hechos. Hoy, enterremos y lloremos a los muertos.

DE BOMBONÁ A QUITO

Un equipo de corresponsales acompañó la campaña de Bolívar. Entre otros cordiales compañeros no puedo menos que citar a Salvador de Madariaga. Con él revisamos notas y, en un breve resumen, podemos decirles:

El domingo de pascua —27 de abril de 1822—, se enfrentaron las fuerzas del Libertador con las de los rebeldes de Pasto dirigidas por el coronel Basilio García. Fue una batalla terrible, sangrienta, respecto de la cual cercanos al Libertador comentan que “estaba muy afectado”. El 2 de mayo cruzó el Juanambú y se instaló en El Trapiche.

Bolívar envió un comunicado a Basilio García que en sus aspectos más pertinentes decía:

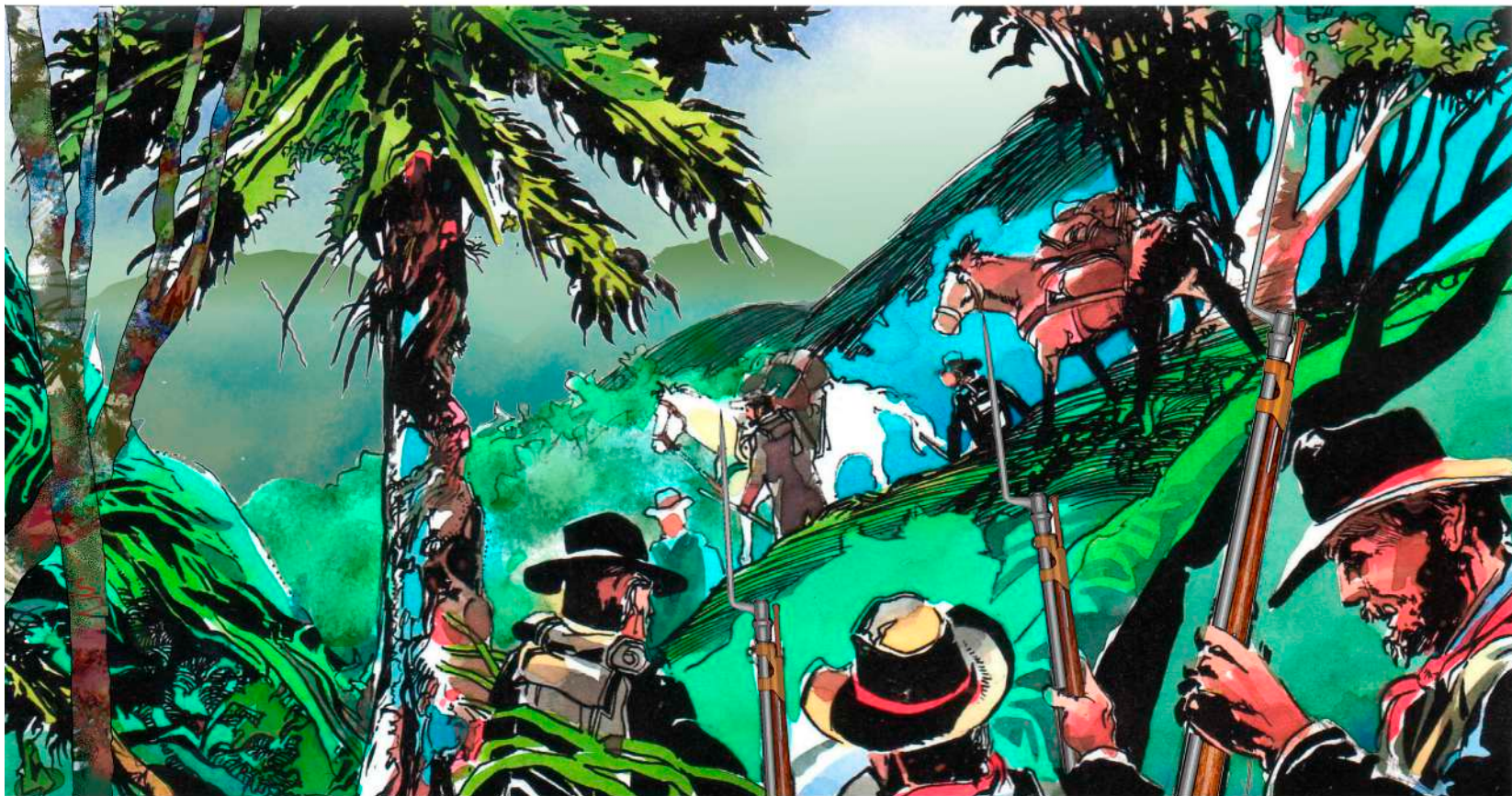
Muchos pasos he dado para evitar a vuestra señoría, a esa guarnición y al desgraciado pueblo de Pasto todos los horrores de la guerra; pero la medida de la obstinación ha llegado a su colmo, y es necesario, o que vuestra señoría, esa guarnición y el pueblo de Pasto entren por una capitulación honrosa, útil y agradable, o que se preparen a vencer o morir...tenemos derecho para tratar a todo el pueblo de Pasto como prisionero de guerra,

porque todo él, sin excepción de una persona, nos hace la guerra, y para confiscarles todos sus bienes como pertenecientes a enemigos. Tenemos, en fin, derecho a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra, y al pueblo para confinarlo en prisiones estrechas, como prisionero de guerra, en las plazas fuertes marítimas, y todo ese territorio secuestrado por cuenta del fisco...

El 5 de junio, los comisionados de García se reunieron con Bolívar y acordaron la denominada capitulación de Berruecos, que contempla aspectos favorables para la clase dirigente de Pasto sin que se hubiese tenido en cuenta al pueblo raso, quien desconocía los pormenores del acuerdo, situación que se consideró de alta traición para la gente de Pasto, y en tal razón protestarían en su oportunidad. El Libertador no esperó la firma de la capitulación y cabalgó a Pasto.

La primera entrada del general Simón Bolívar a Pasto. La carta a Santander

Por acceso de amigos, pudimos conocer la carta que Bolívar suscribe desde Pasto a Santander el día 9 de junio de 1822, un día después de su llegada, donde le dice, entre otras cosas:



Mi querido General:

Había pensado no escribir a usted sino de Pasto, o del otro mundo si las plumas no se quemaban; pero estando en Pasto tomo la pluma y escribo lleno de gozo, porque a la verdad hemos terminado la guerra con los españoles y asegurado para siempre la suerte de la República. En primer lugar la capitulación de Pasto es una obra extraordinariamente afortunada para nosotros, porque estos hombres son los más tenaces, obstinados y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se puede dar una paso sin derroarse. Cada posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros, que habiéndoles leído públicamente aquí mi terrible intimación, exclamaban que pasarán sobre sus cadáveres; que los españoles los vendían, y que preferían morir a ceder.

Al Obispo le hicieron tiros porque aconsejaba la capitulación. El coronel García tuvo que largarse de la ciudad huyendo de igual persecución: Nuestra División está aquí y no hace una hora que me ha pedido una guardia de Colombia por temor de los pastusos. Hasta los niños con la mayor candidez, dicen: que qué han de hacer, pero que ya son colombianitos. El coronel Zambrano está nombrado de Comandante político y militar para atraer estas gentes que sin duda plegarán bajo la influencia del Obispo y de los que tienen que perder. Lo mismo digo de las armas y pertrechos y es precisamente sobre lo que más insisto yo en recoger porque en desarmando a Pasto, ya no hay temor de nada.

Yo estaba desesperado de triunfar y sólo por honor he vuelto a esta campaña. Tenga Usted entendido que a mi intimación fue lo que produjo el efecto, pues aquí no se sabía ni podía saber nada de la batalla de Sucre, ni se ha sabido hasta el primero. Por lo mismo no quiero que atribuyan a Sucre el suceso de mi capitulación: primero, porque bastante gloria le queda, y segundo, porque es verdad y muy verdad que estaban resueltos a capitular sin saber nada de Sucre; y me parece que será muy oportuno el que se haga un preámbulo en la Gaceta de

nuestras glorias respectivas. Sucre tenía mayor número de tropas que yo, y menos número de enemigos: el país le era muy favorable por sus habitantes y por la naturaleza del terreno, y como nosotros, por el contrario, estábamos en el infierno lidiando con los demonios. La victoria de Bomboná es mucho más bella que la de Pichincha. La pérdida de ambos ha sido igual y el carácter de los Jefes enemigos muy desigual. El general Sucre el día de la acción, no sacó más ventajas que yo, y su capitulación no le ha dado mucha más ventaja que a mí, porque a decir verdad, nosotros hemos tomado el baluarte del Sur, y él se ha cogido la copia de nuestras conquistas.

Al Obispo pienso instar para que se quede en el país, porque un Obispo es un personaje útil entre nosotros. No puede usted imaginarse lo que es este país, y lo que eran estos hombres; todos estamos aturridos con ellos. Creo que si hubieran tenido jefes numantinos, Pasto habría sido otra Numancia, y con esto, adiós; hasta Quito.

Don Basilio García le instó mucho a Bolívar para que marche pronto a Quito pues los pastusos disgustados por la capitulación pedían pólvora. Salimos acompañando a Bolívar y el 10 de junio llegamos a Tulcán con buena escolta. El 13 llegamos a Otavalo donde le esperaba un escuadrón de granaderos del Río de la Plata que venían a hacerle guardia de honor. Dos días después llegamos a Quito.

Ventanas y balcones, colgados brillantemente, estaban atestados de mujeres, hermosas como quiteñas y con sus trajes más vistosos, inundando de sonrisas y de flores el camino del Libertador.

Le ocurrió mirar a un balcón y sus ojos se encontraron con los de una mujer que luego conocimos se llamaba Manuela Saénz.



AVISO.

El terreno confiscado, anteriormente perteneciente a la señora María Antonia Gómez, vecina de Tabacundo, se venderá al martillo este fin de semana en las oficinas de esta imprenta.

OTRO.

Se vende este Periódico en el estanco y tienda que fuera de los caciques Angos de Salazar ubicado en la Calle del Comercio entre Calle Real y Calle de Los Obrajes — también se vende en el villar del Sr. Torencio Chaves bajo la casa del finado Paredes, calle del Tejar.

QUITO RECIBE AL LIBERTADOR



El domingo 16 de junio de 1822, las 40.000 almas de la ciudad de Quito vivieron la llegada del Libertador Simón Bolívar y su ejército, que retornaba triunfante de la batalla de Bomboná. Los corresponsales del “El Colibrí”, que viajaban con Simón Bolívar, entre los que se incluye **Fernando Jurado Noboa**, nos han informado que el Libertador, un día antes de su entrada a Quito, se detuvo en Otavalo, donde el pintor Vicente Troya Paredes, de apenas 22 años de edad, le hizo un retrato.

A las 4 de la tarde, Bolívar ingresó por las calles de El Ejido. Lo recibieron 1.000 hombres a caballo: 700 civiles y 300 militares. Desde allí marchó hacia la plaza principal donde esperaba una delegación de jóvenes mujeres que lo condecoraron simbólicamente.

El camino desde el Ejido hasta la Plaza estuvo lleno de emociones; fue casi al final de este trayecto cuando Manuela Sáenz le arrojó una corona de laurel, desde un balcón en una esquina cerca de la Plaza, en la casa de la familia Peña Tinajero. Quienes tuvimos la oportunidad de presenciar aquel acto, pudimos notar la sorpresa del Libertador cuando la corona lastimó ligeramente su mejilla. Ahora, un año después de tal suceso, confirmamos que Manuela Sáenz se ha convertido en una de las compañías más imprescindibles para Simón Bolívar, y que todo inició con aquel gesto.

El Baile de bienvenida

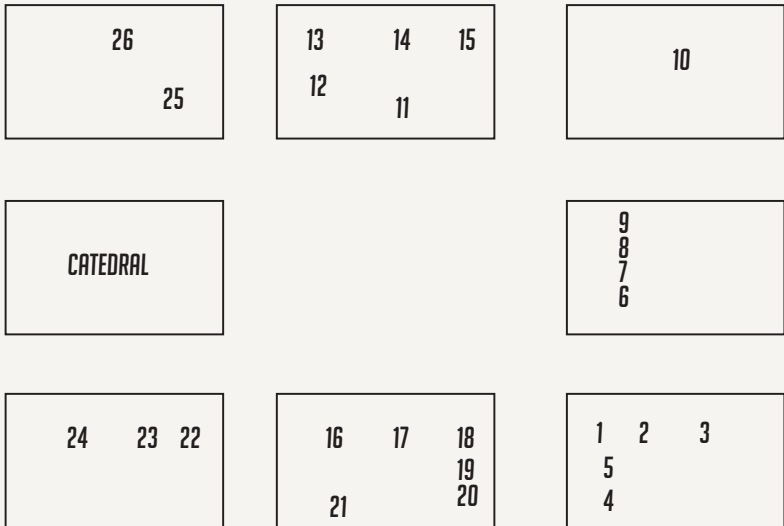
La misma noche de la llegada de Simón Bolívar a Quito, el domingo 16 de junio de 1822, en casa de Don Juan Larrea, se celebró un baile en honor del Libertador. Podemos afirmar que se trató de una de las fiestas más impresionantes y fastuosas de los últimos años. Gracias a nuestros informantes, sabemos que Bolívar bailó toda la noche con Manuela Sáenz.

La casa en la que se alojó Bolívar

En un beneficio otorgado exclusivamente para “El Colibrí”, pudimos visitar la casa en la que se hospedó Bolívar en su llegada a Quito desde Bomboná. Se trata, como la mayoría de las casas, de una morada construida con adobe. La sala “de visitas” es la zona más amplia y mejor arreglada: tiene el piso cubierto de alfombras de lana, canapés forrados de seda y todo el espacio está adornado con mesitas y cristalería. En verdad, es una casa que nada tiene que desear a las moradas construidas y decoradas con el mejor de los gustos.

La sala de visitas, donde se alojó Simón Bolívar, cuenta con una cama que solo se usa cuando hay algún invitado especial. La cama consiste en un catre dorado, con colgaderas de terciopelo y sábanas fabricadas en Europa.

EL QUITO QUE VIO BOLÍVAR



* Mapa trazado por nuestro corresponsal Fernando Jurado Noboa

1. Casa de los Peña Tinajero desde donde Manuela arrojó la corona a Bolívar
2. Casa de los Madrid Bello
3. Casa de José Félix Valdivieso
4. Casa de Doña María Cabezas de San Pedro
5. Casa pequeña de los Peña
6. Palacio del Obispo
7. Casa Social de los Marqueses de San José
8. Casa de la Familia Carcelén
9. Casa de Ramón Chiriboga
10. Convento de Las Conceptas
11. Casa donde se hospedó Bolívar
12. Casa del Coronel Manuel Zubiría
13. Casa de la familia Batallas y Orejuela
14. Casa del Dr. Manuel Carrión.
15. Cárcel de Santa Marta
16. Municipio
17. Casa de la familia Salinas

MANUELA Y SIMÓN

Rosalía Arteaga Serrano



Manuela Sáenz es una mujer quiteña que desde edad temprana demostró su espíritu rebelde, sus ganas de participar, aún a costa de su tranquilidad personal, porque no puede permanecer impasible ante los hechos que empiezan a darse en los territorios americanos, en los que soplan vientos de libertad, de independencia, de cambio.

La vida de Manuela Sáenz ya está indisolublemente unida a las luchas por la libertad

Su arrojo y sus servicios fueron reconocidos por el otro adalid de la independencia, que venía desde el sur del continente, José de San Martín, quien entregó a Manuela, en Lima, la orden de Caballeresa del Sol, como un reconocimiento a sus acciones por la causa de la independencia del continente.

Fue Quito el escenario en el que Manuela y Simón se encontraron, al momento de la entrada triunfante de Bolívar en la ciudad, el 16 de junio de 1822.

Hay anécdotas que relatan que el encuentro se produjo, o al menos el cruce de miradas, cuando ella lanzó una corona de flores al héroe, desde un balcón quiteño, con tanto ímpetu que casi derriba al jinete con las flores. Cuando Simón levantó la cabeza para ver desde donde le llega el embate, descubrió a la sonriente quiteña, y ya sus destinos se ataron.

Sus caminos se han cruzado, los unen los ideales y los sentimientos. Cuando se conocen, Manuela tiene 24 años y Bolívar 39.

Bolívar ha liderado a los patriotas para enfrentar a las fuerzas del realista coronel Agualongo. Fue indispensable el triunfo de estos días para poner fin a la rebelión del duro pueblo de Pasto que, esperemos, permita cerrar la campaña independentista en el estado de Quito. Manuela no estuvo físicamente con él pero, seguramente, su espíritu acompañó a Bolívar.

Sin duda, Manuela ha fortalecido la visión y los anhelos del libertador. Por eso se merece mi homenaje a través de estos versos:

MANUELA LIBERTAD

*Manuela Sáenz Aispuru
Elipse retornada al punto original
Manuela bella y grande
guerrera amante-amada....*

*Le apuesta ya al amor y juega con placeres
formada en los conventos del Quito colonial
la hacienda Catahuango le brinda los deleites
domeña con su fuerza caballos y potrillos
agujas plata y nácar deslízanse en sus manos
y mece las cazuelas las ollas los sartenes
de palo la cuchara el porte señorial-*

*Y Sor Buenaventura enseña lo que puede
las monjas catalinas introducen idiomas
aprontan los tambores para templar las telas
el diseño de flores los colores de pájaros
las ruecas con los hilos y los telares llanos*

*Y es Lima la que arde cuando llega Manuela
incendia los salones obliga a los varones
a luchar por la patria ¡Independencia o muerte!
susurran las tapadas y llevan los mensajes
guardados en sus mantos
como secretos graves
que agitan corazones*

*Resuenan las pezuñas
de los fieros corceles
jaurías de los perros se sienten ya en el viento
Bolívar se aproxima a la preclara Quito
a aquella que tocó campanas
y fue la luz de América
por libre y por señera*

*Manuela se estremece
cuando lanza las flores
derecho a la guerrera del héroe que la mira
y ya sus ojos quedan clavados en los otros
los del balcón son de ella los de la calle de él*

*El destino se ata los bailes se deslizan
y vuelan las palabras en torbellino loco
las sábanas testigos de las demandas mutuas
la locura se expande cual diapason sonoro*

*Manuela es la que siento más próxima de mí
es la guerrera brava es la mujer destello
es la lumbrera incólume y es el ejemplo fiel*

*En la amarilla arena del pueblo que la acoge
se esparcen las cenizas de aquella que amó tanto
mujer que inspiró amores miedos odios adhesiones
tal vez volaron si algunas de esas briznas
atraviesan desiertos recorren las montañas
llegaron a engastarse en la piel del que amó.*



* Agradecemos al cordial amigo Pedro Duarte quien desde Lima nos envía este retrato de Manuela Sáenz.

ALGO MÁS SOBRE MANUELA

Nació el 27 de diciembre de 1797.

Su padre, el peninsular Simón Sáenz de Vergara, llegó a Quito ya casado y en esa ciudad conoció a la madre de Manuela, María Joaquina de Aispuru y Sierra.

A temprana edad la entregaron al convento de la Concepción en Quito, donde se crió con una mujer negra, Jonatás, de quien adquirió —según dicen— las costumbres “hombrunas” como montar a caballo, reír a alta voz, fumar cigarro y expresar sus opiniones con dureza.

Manuela no conoce a su madre, pero en sus cartas aparece, de vez en cuando, una persona a quien llama “mamá”. No sabemos si se trata de la esclava que la crió o acaso de su tía Ignacia, que en tiene 65 años actualmente y 3 haciendas.

Cuando surgió la convulsión de los años 1809 a 1812, su madre la llevó a Ibarra, donde pasó los años de su pubertad.

Regresó a Quito al Convento de Santa Catalina. En sus ausencias, la familia la llevaba a la hacienda Santa Bárbara de “Catahuango” en los altos de Amaguaña, cerca de Quito.

De allí salió porque la casaron con un caballero inglés, el médico don James Thorne, mucho mayor que ella, quien la trasladó pronto a vivir a Lima, a mediados de 1816.

Habla buen inglés, por su marido, y un francés primario pero comprensible. Toca el clavicordio con la experticia que le enseñaron las novicias. Sabe leer y escribir, aunque ella misma bromea con sus “horrores” de ortografía.

En la capital Virreinal, pudo acercarse con su medio hermano, José María Sáenz, quien la conectó con varios librepensadores de la ciudad y conoció a la guayaquileña Rosita Campusano.

A mediados de abril de 1822, Manuela Sáenz regresó a Quito, saliendo del Callao hasta Guayaquil que era puerta de entrada marítima a la Audiencia de Quito y la ruta más corta desde Lima a Quito.

Nada fue igual a partir de entonces. Ya involucrada en la lucha emancipadora, estuvo presente para la Batalla del Pichincha, atendiendo heridos y recogiendo dinero para la apoyar al ejército libertario.

Antes de que Bolívar partiera de Quito, rumbo a Guayaquil, Manuela le obsequió un caballo llamado “Pastor”, que Simón incorporó a sus filas principales.

BOLÍVAR VA A GUAYAQUIL

Federico Chutas



é que es difícil creermelo, pero el director del diario El Colibrí me ordenó que no me despegara del General Simón Bolívar. Había muchos rumores de que, en estos días, algo grande iba a suceder.

Por eso, cuando supe que Bolívar viajaría a Guayaquil los primeros días de julio, me apunté en su delegación. Salimos de Quito muy por la mañana, cuando aún no aparecía el sol por el oriente, por las tierras del señor Carlos Montúfar, y nos enrumbamos hacia Guaranda, para bajar a la costa por el camino Real y llegar a Babahoyo.

Solicité a los oficiales que custodiaban a Bolívar que me permitieran aproximarme pues quería conocerlo y conversar con él. Era un gran jinete, de mucha soltura; conversaba con sus oficiales y me atendía a la vez. Llamaba a sus edecanes para que le dijeran si había comida para la tropa que lo acompañaba y preguntaba cuánto tiempo faltaba para llegar a Guaranda. Todo eso lo hacía al mismo tiempo.

A pesar de estar en la grupa del caballo, se notaba que el Libertador era un hombre de no muy alta estatura. No sé si su delgada contextura se debía a la campaña libertaria que venía enfrentando desde hace años, o simplemente a que así era él. La ancha frente denotaba que ya había entrado en la edad en la que se pierde el pelo. La piel tostada por el sol me decía que llevaba mucho tiempo a la intemperie.

El General supo decirme que no permitiría la anexión del puerto de Guayaquil al gobierno del Perú. Era incuestionable que el puerto debía permanecer ligado, política y administrativamente, a la Gran Colombia, como un Departamento más.

José de San Martín llegó a la ciudad puerto solo con sus edecanes y escolta, al mando de Pedro Nolasco Fonseca. Desembarcó en Guayaquil, a las 9 de la mañana del 26 de julio de 1822, de la goleta Macedonia. Bolívar lo recibió y le mostró su autoridad militar: las fuerzas colombianas tenían tomada la ciudad puerto. Las palabras de Bolívar no pudieron ser más elocuentes para resolver el tema del destino de Guayaquil. “Suelo colombiano te recibe”, le dijo.

Datos de la entrevista

San Martín sostuvo una reunión con Bolívar, a solas y sin testigos. Todos sospechábamos que debían tratarse dos cuestiones: el destino de la Provincia de Guayaquil, y el

final de la campaña contra los realistas, cuya definitiva etapa debía librarse en el recientemente independiente Perú, ya que en zonas de la sierra peruana se encontraban los últimos reductos de los ejércitos realistas instalados en Sudamérica.

La noche del 27 de julio de 1822, Bolívar agasajó a San Martín con un banquete. Bolívar propuso un brindis “Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo”, mientras que San Martín brindó por “... la pronta conclusión de la guerra; por la organización de las diferentes Repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia”.

El desenlace

A mitad del banquete, y bajo un estricto secreto de todo lo conversado, tal cual lo convenido, San Martín se retiró hacia el muelle y se embarcó hacia el Perú, dejando en manos de Bolívar parte de su ejército.

A partir de ese momento, lo importante, lo verdaderamente importante para mí era saber los temas tratados por Bolívar y San Martín, porque de ello dependería el futuro de las luchas independentistas y la configuración política de esta tierra.

Pregunté, rogué, volví a preguntar. Hice todo lo posible y hasta lo imposible por saber tan grave situación; pero solo obtuve por respuesta un “No lo sé, te juro que no lo sé”. O un “Si lo supiera, seguro que te lo diría”. En algún momento pensé preguntarle al propio Simón Bolívar, pero sus edecanes y oficiales más cercanos me aconsejaron que no lo hiciera, puesto que Bolívar no quería que se supiera hasta algún tiempo después, cuando ya se dieran las cosas planeadas en esa reunión. Pero corren rumores de que Bolívar le envió una carta a Antonio José de Sucre contándole detalladamente lo acontecido en esa secreta charla.

Tras su encuentro, creo que a Bolívar le quedó claro que San Martín no tenía ni las fuerzas ni el apoyo militar para asumir la victoria final sobre los españoles, que tenían una fuerza importante en el virreinato de Lima y contaban con una aristocracia poco afecta a las ideas republicanas.

Para neutralizar esta amenaza, Bolívar empezó a reclutar 4000 nuevos hombres que se unieron al Ejército de 5000 veteranos que había llevado. Con ellos estaría listo para ir al Perú y al Alto Perú.

El Destino de Guayaquil

En la carta-informe que Bolívar envió a Santander, señaló que San Martín le dijo que “no se había mezclado en los enredos de Guayaquil”; con lo cual denotaba su renuencia a influir a la opinión pública a favor de Bolívar. San Martín, en diversas cartas y documentos, ya había señalado que debía ser el sentir de la opinión pública la que guiara la conducta política de los libertadores y, por tanto, creía que el destino de las naciones debían expresarlo los ciudadanos

reunidos en cabildo abierto. Según su edecán Rufino Guido, San Martín confiaba en que la opinión pública guayaquileña se resistiera a la anexión colombiana y que defendiera su opción ya declarada en favor de Perú. Y el hecho que San Martín no aludiera al destino de Guayaquil probablemente se debió a que había problemas mucho más graves que su destino, pues su objetivo era lograr el apoyo total de Bolívar para acabar la guerra de independencia. Muy diferente fue la postura de Bolívar, quien siempre trató de modelar la opinión pública a su favor.

NOTICIAS DESDE EL GARZAL



Aunque Simón Bolívar se encontraba ocupado en asuntos de Estado y en las atenciones que requería Guayaquil, no descuidó el amor. Como su estadía en el puerto lo había distanciado de Manuela, Bolívar buscó un punto de encuentro al que pudieran acudir los dos y pasar el tiempo sin ser interrumpidos. Doña Eufemia Llaguno le prestó su hacienda, llamada “El Garzal”, ubicada en la jurisdicción de Los Ríos y allí llevó a Manuela en prueba de su “lealtad absoluta”.

El primer encuentro de Bolívar y Manuela en El Garzal sucedió el martes 6 de agosto de 1822. Se despidieron la mañana del sábado 31 de agosto. Él fue a Guayaquil y ella nuevamente a Quito.

Como escribió Bolívar:

“Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución, para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial”

El Coronel Demarquet nos hizo una confidencia:

“El amor ocupa un lugar importante en su vida... él lo arregla todo en una vida de mujer. Es una especie de mago que sabe cautivar a la que ama... ama tan de prisa y con tan intensidad, que al momento quiere asumir enteramente la vida de ese nuevo ser.

Sabe administrar sus fuerzas. Dirige con mano maestra su propia energía y gracias a su ardor y constancia logra vencer las dificultades”.

BOLÍVAR REGRESÓ A QUITO

En esta segunda visita a Quito -7 de noviembre de 1822- Bolívar se alojó en la casa de las Cuatro Esquinas. Fue este un mes intenso en los asuntos de Estado y en la campaña contra Pasto. Al día siguiente, entregó los bienes del cura realista Francisco Rodríguez Soto al General Sucre; el 10 visitó maestranzas, cuarteles y cárceles, para activar la confección de vestidos, balas y armamentos. Dos días después amenazó a los jefes de las cárceles que “pagarán con sus vidas si dejan fugar un solo preso realista”.

El 20 envió a Pasto al comandante y cirujano mayor Cerveleón Urbina, médico negro. A fines de mes confiscó los bienes del realista José Álvarez Osorio, e hizo que le pagaran 1000 pesos que se adeudaba a María Urbina Llaguno.

El 28 ordenó levantar sumario a Don Miguel Jaramillo Suárez, administrador de correos de Otavalo, y el mismo día su secretario Pérez escribía al intendente Vicente Aguirre: “esta familia de Jaramillos que residen en Otavalo ha sido siempre muy adicta al sistema español, distinguiéndose con muchos servicios hechos a aquella causa”.

Don Miguel Jaramillo, con 52 años, tiene hacienda y 2 obrajes, y alojó a los realistas en su casa. Bolívar ordenó a Herrán que lo apresara; este así lo hizo y el alguacil mayor Manuel Egas lo puso en Quito bajo órdenes del intendente. Bolívar fue duro con los Jaramillo a pesar del alojamiento que le habían dado en Tabacundo.



AVISO.

El Dean de la Catedral de la ciudad de Ibarra, celebra el día de mañana 20 de julio, una solemne misa en rogativa por el fin de la guerra y el cese de la violencia. Se espera la asistencia de todo el vecindario a este acto propio de su espíritu pacificador y patriota.

AVISO.

El día 14 de julio, en horas cercanas a la media noche, de la Hacienda Santa Jerónima, ubicada a las afueras de Otavalo, se sustrajeron tres caballos ensillados y con freno. Los tres son castaños y uno de ellos tiene el brazo izquierdo señalado con las iniciales B.B. La persona que diere razón recibirá una buena gratificación.

LA MASACRE DE NAVIDAD DE 1822

Melchor Cotama

Había señalado, en mi crónica anterior, mi pesimismo respecto a que las tribulaciones de la guerra no habían concluido con la batalla de Pichincha, y que tendríamos que lamentar y llorar a muchos muertos más.

Volvimos a reunirnos en varias tertulias, en casa del común pariente Carlos Adolfo, con el amigo Florentino Paz, que llegó a Otavalo a fines de enero de este año. Convalecía de sus heridas físicas, pero —era evidente— las más dolorosas provenían de sus recuerdos más recientes.

Por noticias que llegaron de los corresponsales de este diario, sabíamos sobre algunos de los hechos que se produjeron a partir de la batalla de Bomboná en abril de 1822. Nos dijo, siempre con dolor de recordar:

La ciudad estaba sombría y casi abandonada. Solo quedábamos en ella los ancianos, los enfermos, las mujeres y los niños. Llegó el día 24 de ese mes de diciembre, en el cual, ya vencidas nuestras fuerzas, se recibió en la ciudad la noticia a las siete de esa noche, vísperas de pascua: un llanto fúnebre fue la respuesta y el último recurso al que recurrieron todos los habitantes que, resignados a sobrellevar las desgracias a las cuales los redujeran sus enemigos, esperaron por la magnanimidad y compasión de aquellos, como se espera de todo guerrero: que si sabe combatir, también no debe desconocer el perdonar.

Esos patriotas, triunfantes, habían caminado entre las tinieblas las cinco leguas que median desde el campo de Taindala: el reloj de la torre alta de esa Iglesia dio las doce campanadas en la noche, y al mismo tiempo se oyó por los alrededores de estas montañas descargas de fusilería, tales tan intensas, como si se hubiese estado sosteniendo un reñido y feroz combate. Los fuegos se acercaron a los suburbios de la ciudad aterrada, y desde allí empezó una carnicería sin ejemplo, contra gentes indefensas, que por lo mismo no hacían resistencia.

Enterarnos de primera mano de lo que sucedió en las navidades de ese año nos estremeció y nos permitió, a la vez, dimensionar y explicarnos parcialmente los hechos que concluyeron con la batalla de Ibarra.

¡No había con quien combatir, pero era necesario que la furia de los del asalto derramara sangre a torrentes, y ella corrió sin piedad! ... Enfermos y ancianos fueron pasados por las bayonetas; las

madres arrodillándose imploraban perdón para sus recién nacidos, y madres e hijos quedaron tendidos en las calles ante los golpes mortales del hacha homicida; otras mujeres, arrastradas desde sus hogares, después de ejecutar en ellas pérfidas innarrables violencias, eran suspendidas, como los hombres, de maderos, en donde expiraban, azotadas; otras —después de arrancarles a sus hijos de los brazos y levantarlos de los pies por los aires y recibirlos en la punta de sus lanzas—, eran violadas en sus casas o en las calles. No se perdonó ni a las niñas de diez años de edad, las que al punto morían anegadas en su sangre.

Ante nuestro estupor, continuó:

El convento de las Monjas Conceptas fue también violado:



ni aun ese asilo de las vírgenes se salvó de la saña de semejantes guerreros. En él estuvieron el Jefe de esa expedición y el Estado-Mayor, de donde se sacó valores cuantiosos depositados allí por casi todos los habitantes de la ciudad.

Tres días y tres noches permaneció la soldadesca armada, suelta, y adueñada de casas, de familias, de vidas y de riquezas...

Las esposas y las hijas fueron violadas en presencia de sus padres y de sus maridos aprisionados, y luego a todos se les daba la muerte entre martirios espantosos....

Ni una puerta quedó sin romperse; ni una casa que no hubiera sido escalada y robada; ni una en donde no se encontrara siquiera un cadáver y una violación, un huérfano, un mendigo o un moribundo.

En esa jornada, todo lo sagrado dejó de serlo: se tiñó con sangre el pavimento de los templos, se sacrificó al sacerdote Troyano, y las prendas de los altares fueron presa ferozmente disputada.

La ciudad estaba en desolación: no se oía más que lamentos, desdichas y quejas funerarias: en cada calle había lagos de sangre, en cada plaza mil cuerpos mutilados...

Nos quedamos sin palabras. No podíamos creer que eso hubiera sucedido. Florentino finalmente refirió:

No habían pasado aún aquellos tres días de sangre en la ciudad, cuando se veía la subida del Santa-Rosa cubierta con más de doscientas mulas desfallecidas por el cansancio y pesadez de sus cargas: todo el oro y la plata de la ciudad estaban allí, en monedas o en alhajas, encerrados en cajones que fueron conducidos a Quito, como se hizo en 1811.

Me pareció que Florentino, agobiado por el dolor, podría estar exagerando. Lo comentamos luego en la redacción del asunto y el director fue concluyente: todo lo dicho es verdad. Coincidió con la información que nuestro amigo Salvador de Madariaga obtuvo del coronel O' Leary: "Fue una horrible matanza en la que hombres y mujeres fueron promiscuamente sacrificados".

Ni Pasto merecía ese castigo ni Sucre ese recuerdo.

Al señor Secretario de Guerra de Colombia

Después de la rendición de Pasto, en Diciembre del año último, no ha podido establecerse en aquel cantón una completa tranquilidad, a pesar de la vigilancia, actividad, firmeza y severidad con que se ha tratado a los facciosos. Estos, en mayor o menor número, siempre han estado reunidos y con designios hostiles contra la República.

Se han aprehendido en diferentes ocasiones, hay algunos cabecillas que han perecido en el patíbulo, se han sacado de aquel cantón más de mil hombres y, sin embargo, existe actualmente á las orillas del Guáitara en el pueblo de Tunes, una reunion de trescientos hombres que se han parapetado allí.

El Coronel (Juan José) Flores, Gobernador de Pasto, participa con fecha del 2 del presente, que tenía fuerzas suficientes para abatirlos: que no dudaba del triunfo y que los atacaría el 6 del presente. Este Gobernador dice también que una parte del pueblo de Pasto es adicta al Gobierno, y ha manifestado celo en el servicio militar y vivos deseos de contribuir al exterminio de los tenaces facciosos que quieren perpetuar el desorden y la anarquía.

El señor General Salom, Jefe Superior de los Departamentos del Sur, luego que tuvo las primeras noticias del incremento que tomaba la reunion de Tunes, destacó cien veteranos de Yaguaachi para que, incorporados a la fuerza que existe en Pasto, destruyesen aquella faccion. Mandó también las municiones y elementos de guerra que pidió el Gobernador.

Babahoyo, Junio 14 de 1823.

J. GABRIEL PÉREZ.



BOLÍVAR EN PASTO DESPUÉS DE LA NAVIDAD SANGRIENTA

Valdemiro Villegas



Bl 3 de enero llegó Bolívar a Pasto. Enseguida fue a La Merced, a casa de Don Nicolás Chávez. Dos cuadras al sur de la plaza se alojó y pidió bailar con la esposa del dueño de casa, la señora Beatriz Figueroa Muñoz. Al principio, Bolívar pensó que la resistencia realista en Pasto había llegado a su fin, así que pasó los primeros días dedicado al baile y a los festines.

Sin embargo, la muerte de 400 pastusos en la Navidad de 1822 a manos de los soldados de Sucre, no había aplacado su ánimo. El 6 de enero, sábado, Bolívar impuso un tributo de 30.000 pesos y 2500 caballos, como en tiempo de los españoles. Llamó a su despacho a las pocas personas que no habían huido y las comisionó para este cobro.

Y la dureza siguió: Bolívar hizo reclutar a 300 pastusos y los envió a Quito (se habían enviado antes otros 1.000). Y el 13 dio un decreto sobre confiscación de bienes a los renuentes, por eso las haciendas en Panamal, Aranda y El Salto, pasaron a manos del Gral. Barreto y a los coroneles Sandes y Lucas Carvajal. Aquel 13 de enero, formó la Junta de Repartos de bienes nacionales, junto a Joaquín de Paz, Bartolomé Salom y Juan José Flores.

Dejando a Salom encargado de la pacificación, el lunes 15 partió de Pasto. Aquel día durmió en Túquerres, el martes 16 paró en Ipiates y se quedó allí alojado en casa de Mateo Arteaga, en el barrio de La Gallera.

El miércoles 17 se detuvo en Tulcán y le atendió el cura Arellano, el jueves 18 en Puntal, el viernes 19 en Ibarra,

el 20 en Otavalo y el Domingo 21 en un pueblo del tránsito, posiblemente en Pomasqui o en Puéllaro, ya que el lunes 22 entró por primera vez al pueblo de Cotocollao.

El martes 30 de enero Bolívar dejó Quito nuevamente. Había decidido establecerse en Guayaquil, para preparar la campaña del Perú. Además, dicen que realmente le encantaba el puerto.

OTRAS NOTICIAS.

Acompañado de su secretario y edecanes, Bolívar dejó Quito aquel domingo 8 de diciembre. No se sabe si tomó por Pomasqui o por Guayllabamba, lo cierto es que del lunes 9 al miércoles 11 estuvo en Otavalo y desde el jueves 12 al medio día estableció su cuartel general en Ibarra, ciudad donde permaneció 17 días.

El libertador se hospedó en la Hacienda Pilanquí de la familia Gómez de la Torre. Durante esta estadía en Ibarra, Bolívar visitó el Monasterio de las Conceptas y, para relajarse, se dedicó a la caza en los páramos alrededor de Yahuarcocha y Cuicocha. Quienes pudieron verlo aquellos días aseguran que estaba invadido por los nervios. Él mismo escribió a Santanader:

“Yo no he ido en persona a dirigir aquellas operaciones militares (las de Pasto), por no desairar al Gra. Sucre, que no es digno de tal bochorno y es muy propio para mandar tropas en campaña...”

ENTREVISTA AL COMANDANTE AGUSTÍN AGUALONGO EN PLENA CAMPAÑA MILITAR

Valdemiro Villegas



Corre el mes de febrero del año 1823. Para el registro histórico, es importante decir que soy un reportero venezolano y que, obviamente, tengo ideas libertarias; no obstante, sé admirar a quien profesa ideas contrarias. Por eso acepté la tarea de entrevistar al gran caudillo realista, al originalísimo don Agustín Agualongo.

He conseguido audiencia con don Agualongo moviendo influencias con la familia Villota, de Pasto, realistas empecinados y vinculados al Comandante; por ellos me enteré de que mi entrevistado ha hecho un alto en EL OBRAJE, lugar de una antigua fábrica donde los indígenas eran maltratados en tiempos pasados. Allí lo encontré, junto a sus hombres.

El Comandante es un hombre pequeño, grueso de carnes, moreno, con un labio superior extremadamente grueso. En sus párpados se pueden ver las dolorosas marcas provocadas por la Pinta, esa enfermedad infecciosa propia de nuestros climas tropicales.

Conozco que le encanta el juego del tresillo y le fascina ver bailar a sus hombres y mujeres al ritmo de músicas nativas. Le fascina, por ejemplo, «La guaneña», canción que se ha vuelto popular entre los ejércitos enemigos del general Bolívar. Cuando llego a su campamento, me encuentro bailando a dos de sus hombres y a unas ñapangas; me asombra notar que todas tienen amarrado el pelo con una cinta roja, color de la revolución.

Luego de presentarme, me dice:

—Espero que Usted no sea espía de Flores, porque lo fusilo.

—Vengo con recomendación de don Blas de la Villota, en cuya casa sé que usted pasó de niño —le respondo, tratando de mantener la calma.

—Así es. Lo que no es verdad, es que de una orden de las hijas de don Blas haya salido mi apellido

Observo que en la cara tiene una escasa cantidad de barba, y me atrevo a preguntar:



—¿Comandante, es usted un indio puro de América?

—No tanto, mi caballerito -me responde-. Tengo una abuela materna de apellido Almeida, que era mestiza y oriunda de Ibarra -me mira con orgullo.

—He oído que usted es pintor, artista, y que durante años ha ejercido ese noble oficio. ¿Ha dejado de pintar por la guerra?

—No tanto, no tanto, fui pintor siguiendo los pasos de los artistas quiteños y lo fui de 1800 a 1811, pero en muchos ratos libres sigo pintando, ahora mismo estoy terminando el retrato de doña Mariquita Maya, la tuquerreña que metió un chirlozo al Zambo Bolívar -se ríe y muestra asombro.

—Ah..., ¿le impresionó mucho aquel gesto?

—Claro. Fíjese... considero que uno de los momentos más felices de mi vida fue cuando me enteré de aquel encuentro.

Al notar que estoy entrevistando a su Comandante, los mozos y mozas han parado el baile, las ñapangas llegan hasta mí y me hacen una reverencia.

Me vuelvo hacia don Agualongo y le pregunto:

—¿Son señoras de Popayán y por eso son ñapangas?

—No, pues —dice el Comandante—. *Pasto y Popayán somos primos hermanos, hay ñapangas en los dos lugares*

—¿Y el lazo rojo en el cabello?— pregunto yo.

—*Es un rasgo de fidelidad, de amor a nuestra sangre.*

Yo le hago notar que es el color de los revolucionarios de América, de los ejércitos de Bolívar, y él me responde, con firmeza:

—*Ellos lo usarán por la sangre que han derramado, nosotros lo usamos por patriotismo.* —Yo lo miro por un momento, sorprendido por la convicción en su respuesta. Me atrevo a preguntar:

—¿Cómo es que un indio defiende a un Rey que nunca ha venido a América, al que nadie conoce y jamás conocerá?

—*Nosotros, los pastusos, somos ante todo leales, varias veces hemos jurado fidelidad a los señores reyes de España en las diferentes ceremonias de proclamación de estos caballerotes. Y si uno jura lealtad debe ser leal hasta la muerte* —respondió, sin titubear.

Entonces trato de explicarle que los Reyes han tenido olvidados a los indios de América, trato de explicarle las razones que tenemos y tuvimos para anhelar la independencia. Agualongo me responde:

—*No, señor, usted debe aprender historia. España trajo algunas cosas buenas para nuestra gente. Vaya usted a preguntar en el cabildo de Pasto, que está lleno de buenos testimonios. Lo que pasa es que hay chapetones que han incumplido...*

Me quedo en silencio un momento. Prefiero callar para no entrar en polémicas. Mientras tanto, el Comandante mastica tabaco.

—*Castilla ha amamantado a los de América, nosotros, los pastusos, le hemos devuelto sinceridad y lealtad*— masculla de pronto, mirándome fijamente.

Noto que alrededor de Agualongo, el 80 o quizás el 90% de su tropa son indígenas, y formulo una nueva pregunta al respecto.

—Don Agustín, la élite de su tropa es también indígena

—*No, mi señor, tengo jefes blancos, como Tomás Moncayo, que además ejerce la medicina, Juan José Nieto Polo,*

Manuel Pérez y, sobre todo, Ramón Astorquiza, de los nobles de Pasto. Tengo a gente blanca de Yacuanquer como Manuel Insuasti y a José Benavides de Túquerres, alias seis dedos, que es más blanco que la leche. Y tengo un negro de Barbacoas que es Francisco Angulo y dos mulatos del valle del Patía que son Joaquín Enríquez y Jerónimo Toro. Y además, señor, tengo a gente de lo que los españoles llaman «estado llano» como Estanislao Merchancano, que es mi brazo derecho. Y un indio más valiente que yo que es Juan Canchala, además cacique local. Y ¿sabe usted una cosa?, Enríquez es descendiente directo del Inca y los indios de Muellamúes y de Almaguer lo veneran por esa razón

Yo vuelvo a insistir con mis preguntas, retándolo:

—El Obispo Jiménez de Enciso, andaluz de las Españas, ¿está a favor de ustedes?

—*No me hable de ese señor. Después de Bomboná, huyó a Ipiales y nos abandonó. No parece pastor, peor español. Es infiel y veleidoso* —noto que se ha molestado, por lo que yo cambio rápidamente de tema.

—Hay muchas mujeres que ayudan en su ejército. Por todas partes veo cacerolas y humo de guisos. ¿Cómo se consigue esa ayuda?

—*Dicen que la mujer pastusa* —responde el Comandante— *es la mejor del mundo. Ellas siguen a sus hombres a donde quiera que vayan. Y las blancas igual, varias han sido deportadas por los Zambos Sucre y Bolívar.*

—Noto que le disgustan a usted los zambos venezolanos...

—*Le confieso que sí, es que en Pasto no hemos visto muchos negros, apenas en pocos cuadros del Martín de Porres, y algunos que forman parte de mis hombres.*

—Y de entre todos los revolucionarios, ¿cuál es su mayor enemigo?

—*Todos son feos* —responde él con seriedad y con gestos de desprecio—. *Pero los peores son Flores y Apolinar Morillo, que desgraciadamente es pastuso. Es el mejor sablista de la zona, capaz de meter de golpe tres sables en el abdomen.*

En ese momento, noto que se han acercado algunos jefes del ejército de Agualongo; varios de ellos tienen una contextura enorme, le pasan al Comandante con algunos centímetros de estatura, el tal Enríquez, por ejemplo...

La caminata hasta el campamento y el tenso diálogo con el comandante me hacen sentir agotado de pronto. Doy las gracias con palabras y con gestos, y le pido permiso a don Agustín para arroparme y descansar.

En la noche, cuando salgo a hacer aguas, veo a los indios dormir en cruz sobre la yerba, arropados con sus ruanas.

Al día siguiente desayuno con Agualongo; consume frutas y no usa leche porque se le afloja el intestino, dice.

—Comandante —me atrevo a preguntar—, ¿cuál es la población más cercana a su causa en la región?

—Funes— Sin la menor duda responde, masticando su fruta.

—Y, si me permite preguntar, ¿con cuántos hombres cuenta usted actualmente? —Me mira con desconfianza antes de contestar:

—Tengo 500 a las órdenes de Enríquez, listos a salir. Pero sin exagerar, puedo decirle que podemos llegar fácilmente a 3000; los pueblos de Pasto son capaces de poner 200 hombres cada uno y de ahí salen otros 1400; y si usted toma en cuenta a Tulcán y, sobre todo, a Otavalo, las cosas se ponen estupendas.

—¿Hay mucho realista y partidario del rey en Otavalo? —pregunto yo, sorprendido.

—Claro, clarísimo, hay pocos blancos y mestizos, pero la mayoría de los indígenas son partidarios del Rey...

Me quedo un momento en silencio antes de volver a preguntarle:

—¿Por qué las alturas de Anganoy son las preferidas por usted para acampar?

—Fácil. Porque el Volcán Galeras es nuestro padre, preferimos estar cerca de él.

—Y, si me permite la pregunta, Comandante, ¿cuántos miembros de su ejército llevan armas?

Agualongo me mira, desconfiado nuevamente; pero finalmente responde. Mi presencia no le debe parecer una amenaza.

—Sólo la sexta parte. Luego conseguiremos más robándoles a los enemigos, es relativamente fácil— responde, lleno de confianza.

—¿Y qué armas usan ustedes?

—Sobre todo palos y garrotes, pero también machetes, lanzas y cuchillos. Los zambos traidores usan cuchillos para decapitarnos, nosotros no nos quedamos atrás.

Por un momento, lo dejo comer en paz. Cuando siento que hay confianza nuevamente, vuelvo a preguntar:

—¿Es verdad que ustedes tienen la norma: palo al jinete, palo al caballo y chuzo al estómago?

—Totalmente cierto— responde él, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué el chuzo al estómago y no al corazón?

—Porque entra más fácil —parece reír, pero en verdad lo dice con seriedad.

Sin que yo pueda agregar algo más, me dice que debemos suspender la entrevista porque el Coronel Enríquez ha mandado un mensaje anunciando que es hora de partir. Me atrevo a pedirle solo un minuto más, solo un par de preguntas. Me mira y, finalmente, acepta

—Gracias por su tiempo, Comandante. Me gustaría preguntarle... ¿cuál es la cualidad de los pastusos que jamás puede ser violada?

—Pregunta sencilla: somos amantes del sosiego y de nuestras creencias. Cuando alguien quiere invadirlas o irrespetarlas, perdemos el cogote.

—Perdone usted, Comandante, esta es una pregunta un tanto personal. ¿Se ha enamorado alguna vez en su vida?

Agualongo mira a lo lejos antes de responder.

—Creo que una sola, justo ahora: de la señora Maya que ya usted sabe quién es.

—Pero..., ¿la conoce, Comandante?

—Los secretos de Estado no son para extranjeros, ni siquiera para nacionales —dice, sonriéndome—. Buen día, mi caballerito.



LAS CALLES QUE HABLAN

Benjamín L. Quiroga



Como todas las mañanas en los poblados que nos asentamos en los andes, una ligera niebla acompaña al frío mientras la ciudad se llena de transeúntes, vendedores y funcionarios que se movilizan aumentando paulatinamente el ruido mientras pasan las horas. En las calles, el tráfico de caballos y carretones acompañan a las campanas de las iglesias.

Muy temprano, durante dos horas, pequeños mercados improvisados se arman en las explanadas de tierra para vender productos. Entre los gritos de los vendedores y los sonidos producidos por el movimiento de las cajas de madera, se escuchan las peleas por el precio de los pocos productos que pueden encontrarse. Una vez más, el precio subió por la escasez propia del tiempo de guerra, pero esta situación de carestía —todos coincidimos— no es reciente, sino que lleva aquí algo de más de una década.

Gracias a mi oficio de corresponsal, en los últimos meses he podido viajar por varias localidades del departamento de Quito, y estos escenarios se replican. En cada lugar con lo que me he podido tropezar continuamente, es con la voz de un pueblo empobrecido y cansado. Don Augusto, un viejo vendedor de hilos, me comenta: *de ambos lados, las colectas, tributos o contribuciones forzosas, que de por sí esta expresión es tan contradictoria como la de inteligencia militar, nos han traído pobreza y abandono de nuestras tierras por temor a que un día venga el español o el independentista justiciero, y se lleve el poco ganado que tenemos, la comida o a los hijos o sobrinos. ¡No es justo!*

Durante los 2 últimos años, Quito ha sido la fuente de recursos para ambos bandos. Según datos oficiales a los que hemos podido tener acceso, de 1813 a 1820, el Departamento de Quito, el más pequeño de los departamentos, fue la principal fuente de los recursos económicos para los ejércitos en Nueva Granada.

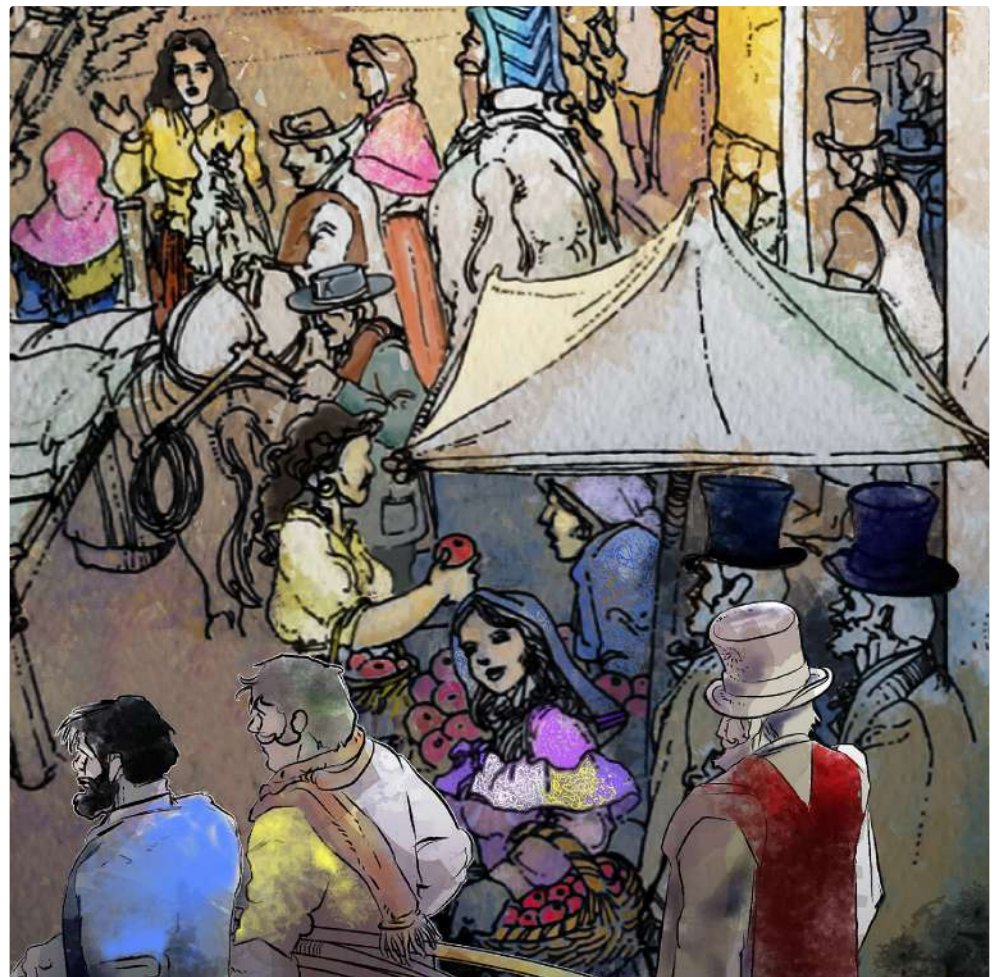
Pero la guerra origina otro tipo de economías que no se cuantifican. Mientras los batallones se retiran, aparecen grupos distintos: hordas de gente recogen los restos y despojan a los finados de cualquier pieza que pueda ser negociada; soldados y cadetes que acopian las armas para los nuevos acuartelados; y grupos de mujeres que reciben un expendio adicional por recoger las vestimentas de los cadáveres antes de ser incinerados. La carestía de textiles que puedan alimentar cualquier combate —propia de tiempos de guerra— llevó a la práctica del reúso y la reparación de los uniformes. Las ropas son lavadas para quitar cualquier mancha en las lavanderías populares o cerca de algún arroyo

cercano para luego pasar a manos de las costureras para que con hábiles estrategias convenientes del corte y del zurcir, creen uniformes para los nuevos reclutados que esperan para nuevas batallas.

A partir del insigne triunfo en Pichincha, los quiteños y los defensores de los ideales independentistas creyeron que con este acontecimiento se marcaría el triunfo sobre los españoles y que al fin llegaría la tan deseada paz. Las fiestas de triunfo, la llegada del general Bolívar y la adhesión de Quito al departamento sur de Colombia daban aires de nuevos tiempos.

En los salones se bailaba con ensambles de cuerdas que a ritmos de vals y otros estilos propios de las autoridades, los señores y las señoras de Quito que antes eran realistas, como por arte de magia, ahora acompañaban con halagos a las autoridades militares independentistas en sus festejos. Pero en las calles, a ritmos de guitarras, tocaban una que otra guaneña pastusa que denotaba que los quiteños no estaban contentos con el nuevo gobierno, tanto así que en paredes de la ciudad aparecía pintada la frase “último día del despotismo y primero de lo mismo”.

Hombres, vituallas, dinero eran tomados por la fuerza. Deportaciones violentas realizadas por el volátil temperamento



del Libertador. Jóvenes casi niños eran reclutados para ser carne de cañón en los combates. Con artimañas, las mujeres, madres o hermanas que los visitaban, escondían en sus bolsos un vestido más para que los reclutados pudieran escapar de los campamentos y cuarteles vestidos de mujeres. El mismo General Bolívar prohibió las visitas de mujeres a los cuarteles, y se prohibieron las visitas sin custodia y la requisa de prendas y productos que dejaban las familias.

Pudimos tener acceso a la carta que el General Bolívar envió desde Guayaquil al General Santander, el 29 de abril de 1823. En la carta, explica que Sucre ha dado información de que en Perú se necesita al General para hacer respuesta ante una posible batalla dirigida por Canterac. Para dar respuesta a esa amenaza, comenta que un grupo de hombres ya están movilizándose, sin embargo, son necesarios más soldados para esa campaña, pero pone una condición, pide que sean de “climas calientes por que los de estos países se mueren todos, sin excepción de uno”. Añade que Guayaquil es el punto más importante del Sur y que “necesita para su defensa 3 o 4 mil hombres buenos”.

Bolívar, refiriéndose a la gente de Quito, dice a Santander:

Aquí hay hombres, pero lo más enemigos del servicio que se puede concebir. Digo lo mismo de los quiteños. El otro día hubo un horrible escándalo en Quito porque se pretendió tomar unos pocos hombres para “Bogotá”: el resultado fue que murieron más de 15 ó 16 personas, siendo el general Salom el que dirigía la acción. ¡Qué pueblo! Otro día fue un poco menos, aunque con menos muertos, o sin ninguno. Los que vienen de Quito dicen que desde aquella ciudad a esta no se encuentra un ser viviente, de miedo de la miserable leva que se ha mandado hacer. Así es que, se incomode o no Vd., si no vienen hombres de Venezuela y del Magdalena no formamos ejército aquí. Podré mandar a Lima toda la población que coja pero no poner un solo cuerpo capaz de defender el Sur. Porque Ud. Sabe muy bien que los reclutas no sirven en sus países.

El evento al que se refiere Bolívar es el motín en Quito del 12 de abril de 1823. Sin embargo, más que un motín contra el General Salom como se está diciendo, en Quito se replicó lo ocurrido en Pasto. Con motivo del ajusticiamiento público de dos coroneles realistas, se convocó al pueblo a la plaza de Santo Domingo. Terminada la ejecución, los cuatro ángulos de la plaza fueron cerrados por tropas y se procedió al reclutamiento forzoso de hombres que fueron amarrados para ser llevados a los cuarteles. La gente huyó despavorida en todas las direcciones. En el atropellado amontonamiento y por obra del sable y del fusil, resultaron muertas 36 personas de todo sexo y edad.

Preguntamos a Oscar Efrén Reyes su opinión sobre lo ocurrido y, mientras caminamos en dirección a su casa, enciende un cigarro y nos expone certeramente que los rebeldes de Pasto “no son los simples defensores de la monarquía española”, sino que en las calles los ven como “los heroicos defensores de su vida y hacienda, y como los vengadores de la muerte cruel de sus madres, de sus padres, hijos y familiares”.

*Republica de Colombia,
Simon Bolivar Santander
Presidente de la Republica*

¡Quiteños! La infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre.

El ejército de Colombia no ha desaparecido del todo de vuestro hermoso país. Muchos de nuestros batallones han ido ciertamente a dar libertad al Perú, mas ¿ignoran los pérfidos pastusos que aún quedan a Colombia en el Sur dos Batallones y cuatro Escuadrones de la invencible Guardia? Estos bravos dirigen sus pasos en este momento sobre los torrentes del Guáitara y Juanambú, que tantas veces han sido salvados por nuestros valientes. Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia antes de disparar un tiro.

¡Quiteños! He visto vuestra magnánima consagración a la causa de Colombia. A pesar de vuestro antiguo y acendrado patriotismo, mi corazón se ha pasmado al contemplar tanto- desprendimiento de vuestra parte. Todos habéis corrido a las armas sin la necesidad siquiera de tamaño esfuerzo. Un puñado de bárbaros son nuestros enemigos, y para vencerlos basta tender las banderas de Colombia a su turbada vista.

Quiteños! Recibid a nombre de la patria, la gratitud que se os debe por vuestro inflamado celo por la conservación de la sacrosanta ley que ha fundado a Colombia. Vosotros habeis olvidado vuestro rango, vuestro reposo, vuestra dicha y aun vuestra vida, por volar a las armas. Vuestros próceres han dado un ejemplo inimitable. Vuestros antiguos nobles fueron los primeros a entrar en las filas. El más rico ciudadano de Colombia, anciano y enfermo, ha tomado un fusil y ha recibido la disciplina de un simple soldado: como el antiguo Marqués de San José, todos habéis llenado este sublime deber.

¡Quiteños! Reposad tranquilos: héroes de Colombia están entre vosotros, y su valor ningún poder visible puede resistir. Yo os ofrezco por mis compañeros de armas esta próxima... victoria.

Simon Bolivar

Cuartel General del Libertador en Quito,
a 28 de Junio de 1823.-13°.

DESDE PASTO CON LAS FUERZAS REBELDES



Resumimos la información que nos han enviado nuestros reporteros que acompañan a las fuerzas rebeldes del Coronel Agualongo.

Entre los periodistas que han dado material para estas notas destacan **Jairo Gutiérrez Ramos** y **Hernán Jaramillo Cisneros**, a quienes agradecemos por su importante colaboración.

La primera rebelión antirrepublicana se inició el 22 de octubre de 1822, bajo las órdenes del coronel español Boves. El 28 de octubre Boves tomó San Juan y se proclamó «Comandante General de las Milicias del Rey de España», Agustín Agualongo como segundo jefe y Merchancano gobernador político de Pasto.

Sucre y tropas provenientes de Quito fueron enviados a sofocar el movimiento.

Tras recibir refuerzos desde Quito, Sucre, Mires y Obando vencen a Boves en Cuchilla de Taindalá el 22 de diciembre y en Guátara el 23 de diciembre de 1822.

Sobre lo sucedido en Pasto se recoge un testimonio en esta edición.

Luego de la sangrienta navidad de 1822,

las atrocidades cometidas por el ejército colombiano, nunca antes vistas ni padecidas en territorio pastuso, si bien pudieron acobardar a algunas personas —especialmente a “los que tenían algo que perder”, como decía Bolívar—, exacerbaron, por otra parte, las prevenciones y el odio popular contra la república y sus voceros. Desde el mes de febrero de 1823, en el sitio de Aticance, a una legua escasa de Pasto, comenzaron a reunirse quienes habrían de ser los líderes del nuevo levantamiento: Estanislao Merchancano, Agustín Agualongo, Joaquín Enríquez,

entre otros líderes campesinos.

La experiencia militar de Agualongo, quien había combatido en el ejército realista desde 1811 hasta alcanzar el grado de coronel, le confería cierta preeminencia entre los insurrectos. Además, desde la frustrada rebelión y huida de Benito Boves, Agualongo había procurado reorganizar las fuerzas disidentes en Aticance. Quizás por eso lo designaron su general en jefe.



El coronel Juan José Flores había quedado al mando de las fuerzas militares en Pasto. Logró sorprender a una de las facciones revoltosas y ordenó fusilar a 23 hombres capturados e incendiar las barracas. Esta acción no pacificó, sino que enardeció la rebelión.

El 12 de junio, los insurrectos encabezados por Agualongo se apoderaron de la ciudad.

Flores, en esa ocasión debió huir despavorido por primera vez en su vida, derrotado y perseguido por “800 facciosos mal armados que carecían de jefes instruidos, de arreglo, [y] de táctica”,

como comentó a uno de sus allegados. Esta derrota de Flores, en el campamento rebelde le llaman “la derrota de Flores a palos”.

Los pastusos, que no contaban con armas de fuego recibieron una arenga del caudillo: “No, compañeros, las armas las tomaremos del enemigo y la pólvora que la preparen las mujeres que nos ayudan. Les pido solo valor, que Dios nos colmará de gloria”.

Se constituyó un gobierno codirigido, en lo civil por Estanislao Merchancano, y en lo militar por Agustín Agualongo, quienes publicaron dos proclamas, la primera, a inicios de junio y la segunda, el 20 de junio.

Habitadores de la fidelísima ciudad de Pasto:

¡Desapareció pues de nuestra vista el llanto y el dolor! Sí, vosotros habéis visto y palpado con alto dolor y amargura de vuestro corazón, la desolación de vuestro pueblo: habéis sufrido el más duro yugo del más tirano de los intrusos, Bolívar. La espada desoladora ha rodeado vuestros cuellos, la ferocidad y el furor han desolado vuestros campos, y lo que es peor, el fraccmasonismo y la irreligión iban sembrando la cizaña.

¡Oh, dolor! Testigo es el templo de San Francisco en donde se cometieron las mayores abominaciones indignas de nombrarse; pero si acaso ignoráis, sabed que lo menos que se cometía en el santuario era estar los más irreligiosos, e impíos con las más inmundas mujeres. Habéis visto digo, con el más vivo sentimiento atropellado el sacerdocio, profanados los altares, y destruidos con el fraude y engaño, todos los sentimientos de humanidad; pero entonces es cuando el cielo aparta de nuestra campiña nuestros más crueles enemigos.

Ahora es tiempo, fieles pastusos, que, uniendo nuestros corazones llenos de un valor invicto, defendamos acordes la religión, el rey y la patria, pues si no sigue en aumento nuestro furor santo en defender los más sagrados derechos, nos veremos por segunda vez en manos de los tiranos enemigos de la iglesia y de la humanidad. Ved aquí que os trasunto las órdenes de Salom por una carta que se cogió y es como sigue:

- 1°. Publíquese un bando de expatriación, con pérdida de todos los bienes al que se manifestare sordo a las disposiciones del gobierno.*
- 2°. Este mismo artículo con pérdida de la vida al que se descubriese que coadyuva o se hace con los facciosos de Pasto directa o indirectamente.*
- 3°. Enviarme a Quito todos aquellos sospechosos, en donde permanecerán todo el tiempo necesario.*
- 4°. No tener indulto con ninguno de los facciosos, y finalmente todo el mundo muere, y las mujeres que se encuentren remitidas con seguridad, para enviarlas a poblar el camino de Esmeraldas.*

En vista de esto, ¿qué esperáis, fieles pastusos?. Armaos de una santa intrepidez para defender nuestra santa causa, y consolaos con que el cielo será de nuestra parte; los soldados antes adictos al bárbaro y maldito sistema de Colombia, se hallan dispuestos a defender en vuestra compañía los derechos del rey con vigor y el más vivo entusiasmo. Así crezca en nosotros el valor, la fuerza y la intrepidez a la defensa, para que de esta suerte, venciendo siempre a los enemigos de nuestra religión y quietud, vivamos felices en nuestro suelo bajo la benigna dominación del más piadoso y religioso Rey don Fernando Séptimo.

Estanislao Merchancano Agustín de Agualongo

A los Señores del muy Ilustre Concejo de Otabalo:

El día 12 del corriente se sacudió esta fidelísima ciudad del formidable yugo opresor del intruso Gobierno de Colombia, pues sucumbió al frente de dos mil quinientos valerosos combatientes del ejército del Rey N. S. don Fernando VII, que Dios guarde, (...)

En la gloriosa y memorable acción, fué enteramente arrollado el enemigo, habiéndole muerto en la campaña más de trescientos hombres, y hécholes prisioneros igual número, tomándoles las armas, pertrechos, y más utensillos de guerra y cada día se nos están presentando por nuestras partidas militares los fugitivos que se dispersaron por los montes. Fuera de la acción de guerra a ninguno de ellos, se le ha hecho, ni se le hará la menor hostilidad, pues antes si a todos los mantenemos con toda la consideración y humanidad que nos es característica, porque todo nuestro objeto, sólo se ha dirigido a, recobrar los sagrados derechos de ambas Majestades, sin inferir a persona alguna los notorios males desastrosos que causó Colombia a este fiel vecindario, con sus continuados latrocinios, homicidios, y monstruosas violencias, incendios de muchas casas, de haciendas, y de tres pueblos enteros, y otras más iniquidades propias de semejante gobierno bárbaro, sin fe, ni religion cristiana, porque no perdona ni respeta los santuarios, ni a los ministros del altar, sino que a estos los persigue acérrimamente como lo hemos tocado con la experiencia en esta jurisdicción, que tuvo la desgracia de experimentar con el mayor dolor fugitivos a unos, y presos a otros, hasta que a uno dio muerte violenta, sin preceder las formalidades prevista por nuestras Reales Leyes para tales casos.

(...), hemos resuelto marchar con nuestro fiel y valiente ejército, a exterminar el del enemigo en cualquiera parte que le hallemos, a cuyo efecto luego nos tendrá US. I. en el Distrito de su mando, y le requerimos amistosamente a nombre del Rey Nuestro señor que reunamos nuestras voluntades y fuerzas para así conseguir más pronto, y a menos costa, el buen éxito a que aspiramos (...)

(...) le juramos bajo nuestra palabra de honor, que US. I. y todo ese vecindario tendrá toda nuestra protección y amparo, y serán tratados con la debida amistad, y fraternidad, sin que de nuestra parte esperimenten la menor depresión ni hostilidad, en sus personas, o bienes, pues sólo se les tomará a prorrata con respecto a la posibilidad de cada individuo, algunos víveres que son indispensables para el alimento del ejército, sucediendo lo mismo con aquellas tropas cuando vengán en nuestro auxilio.

Mas si US. I. prescinde de nuestra amistosa, y legítima propuesta, será responsable a Dios, y al Rey, de los males, que por su negativa reciba á pesar nuestro ese territorio; y esperamos para nuestro gobierno tenga US. la bondad de darnos la contestación que estime con la prontitud que exige el caso.

Estanislao Merchancano Agustín de Agualongo

NOTICIAS DESDE EL EJÉRCITO DEL LIBERTADOR



uestros redactores nos envían reportes desde varios frentes. Unos acompañan al Libertador, otro está en Quito, en el cuartel general. Las actividades se intensifican conforme pasan los días.

Desde el Garzal, 20 de junio de 1823:

El General Bolívar envía una nota al General Juan Paz del Castillo en la que, visto los incidentes de Pasto, le ordena: “haga entender al señor General Barreto que en el momento se ponga en camino para venir a mi cuartel general que, probablemente, irá a fijarse en Quito”. Que, igualmente “mande a las órdenes del gobierno del Perú los oficiales españoles que están en Pontón” y que de “los demás prisioneros se deshaga del modo que le sea conveniente y más expeditivo”.

Desde el Garzal, 21 de junio:

El Libertador envía una carta al general Sucre en la que le comunica que el “señor Coronel Flores había sido completamente derrotado en Pasto por más de 600 pastusos” a pesar de tener “500 fusileros y 70 hombres de caballería veteranos”.

El general Bolívar ordena al General Bartolomé Salom que “sin detenerse un momento vaya a ponerse a la cabeza de las tropas destinadas contra Pasto; que se levanten 800 hombres de milicia de Quito y se disciplinen día y noche con los fusiles descompuestos que haya”.

Desde Quito, cuartel general, el 1 de julio:

El Libertador expide un decreto en el que, considerando que “el puerto de Esmeraldas es el más adecuado para el comercio de exportación”, ordena se formen “por ahora dos pueblos y dos o más posadas en los sitios más acomodados, procurándose la igualdad posible en la distancia”.

Desde Quito, 4 de julio:

El Libertador notifica a las autoridades correspondientes que “mañana marcharé a oponerme a los proyectos insensatos de los facciosos de Pasto” y encarga el mando en Quito al coronel Tomás de Hervas, al que deja instrucciones precisas.



Estamos ya en Otavalo.

Hoy es 8 de julio. El Coronel Demarquet nos informa que por disposición de Su Excelencia, se ordena al Intendente de Ibarra que las cargas de herraduras que le lleguen las remita de urgencia al general Salom, con los herradores que hay en esa ciudad. A los que se escondan o se excusen que entiendan que los hará fusilar.

Al Juez Político de Ibarra, le dispone que el Libertador manda “exigir cuatro mil pesos de donativo a ese vecindario” que debe recogerlos en el plazo máximo de tres días. Que a “los que se resistan a pagar esta contribución, se pondrán irremisiblemente presos y venderán sus bienes hasta cubrir su asignación”.

La amistad con el Coronel Demarquet nos permite acceder a información actualizada. En esta fecha, 9 de julio, el general Bolívar ordena al general Salom que, en conocimiento que el enemigo se halla cerca de Guaca, que para atraer al enemigo se repliegue pues la intención es “batirlo en campo abierto y lejano de Pasto para que no pueda volver uno solo”.

El 10 de julio desde Otavalo Su Excelencia dispone al coronel Hermógenes Maza que no permita “por ningún motivo que las mujeres entren en los cuarteles de la tropa, a fin de evitar que éstas les den vestidos para poder disfrazar y fugarse, como ya ha sucedido en este pueblo”.

Y algo durísimo: que cuando ocurra el combate cuide de que los reclutas guarden el orden para evitar la dispersión y que “en caso de demostrar cobardía algún oficial o tropa de milicia, se matarán todos aquellos que incurran en esa infamia antes que dejarlos huir”.

A las 9 de la noche del 10, el Coronel Demarquet transmitió al general Salom la orden de que “al amanecer emprenda la retirada para la villa de Ibarra” y que, si creyera no hallarse muy seguro marche para el cuartel general.

Al mismo general Salom, al día siguiente le ordena marchar a Guayllabamba directamente por la vía de Pomasqui, “camino que se halla a mano derecha de la laguna que se llama Cascacunga”.

El general Bolívar recibió el parte del general Salom que le informaba que ayer, a las 6 de la tarde, el enemigo pasó el río Chota. Nos trasladamos a Guayllabamba. Desde aquí ordenó que la columna del Coronel Maza que se halla en Otavalo se retire con dirección a este cuartel por la vía de Mojanda. Aquí están reuniéndose todas las tropas.

Hemos avanzado, hoy 14 de julio, desde Guayllabamba hasta “el pueblo de San Pablo”. No fue posible enterarnos de la razón de este movimiento. Estamos pendientes de cualquier noticia o parte.

DE ÚLTIMA HORA

Del General Bolívar: Instrucciones para el Señor General Salom

1. US. continuará con el mando del ejército.
2. Marchará US. a pacificar la provincia de Pasto y a los Pastos.
3. Destruirá US. todos los bandidos que se han levantado contra la República.
4. Mandará US. partidas en todas direcciones a destruir a estos facciosos.
5. Las familias de estos facciosos vendrán todas a Quito para destinarlas a Guayaquil.
6. Los hombres que no se presenten para ser expulsados del territorio serán fusilados.
7. Los que se presenten serán expulsados del país y mandados a Guayaquil.
8. No quedarán en Pasto más que las familias mártires por la libertad.
9. Se ofrecerá el territorio de Pasto a los habitantes patriotas que lo quieran habitar.
10. La misma suerte correrán los pueblos de los Pastos y de Patía que hayan seguido la insurrección de Pasto.
11. Las propiedades privadas de estos pueblos rebeldes serán aplicadas a beneficio del ejército y del erario nacional.
12. US. está plenamente autorizado para tomar todas aquellas providencias que sean conducentes a la conservación del ejército de su mando y a la destrucción de los pueblos rebeldes.
13. Dentro de dos meses debe US. haber terminado la pacificación de Pasto.
14. Llame US. al señor Coronel Flores para que se haga cargo del Gobierno de los Pastos.
15. Pedirá US. los Jefes y Oficiales que marcharon derrotados a Popayán, los que deberán tener reclutas para la guarnición de Pasto.
16. Cuidará US. de preferencia la caballería y sus caballos, manteniéndolos perfectamente.
17. Terminado el peligro, vendrán primero las tropas de caballería y después las de infantería.
18. No se permitirá en Pasto ningún género de metal en ninguna especie de útil, y serán perseguidos fuertemente los infractores. Esta prohibición será durante la guerra.
19. La guarnición de Pasto debe quedar siempre en Túquerres, donde se debe construir una casa fuerte con todo lo necesario para sufrir algunos días de sitio.
20. Procure US. que el Batallón Yaguachi y un par de Compañías de Vargas se pongan en el mejor estado posible, tomando para estos cuerpos los solteros de la milicia y los hombres inteligentes para las armas.

Ibarra, 18 de Julio de 1823.

CONVERSACIÓN CON SIMÓN BOLÍVAR



uestros colaboradores y cordiales amigos, Fernando Jurado Noboa (F.J.N.) y Pedro Saad Herrería (P.S.H.), consiguieron entrevistar al Libertador mientras permaneció en el cuartel de Otavalo, antes del enfrentamiento con Agualongo, en un breve tiempo que les concedió para hablar de su juventud. Esto les dijo:

LOS AÑOS EN EUROPA

F.J.N.- Estimado Simón Bolívar, gracias por concedernos esta conversación. En primer lugar, quería preguntarle, ¿cuándo fue que viajó a Europa?

S.B.- Es un placer conversar con ciudadanos patriotas. Bueno, yo tenía 15 años cuando salí de la Guaira, era el 19 de enero de 1799. Partí en el navío San Idelfonso. A las dos semanas exactas, tocamos puerto en la ciudad de Veracruz, en México. Allí tuvimos que quedarnos 45 días. En junio, finalmente, llegué a Madrid en coche, y me alojé en el departamento de mi tío Esteban, en la casa del payanés Manuel Mallo y Quintana.

F.J.N.- ¿Y cuál fue el suceso más importante que vivió durante su estancia en Ecuropa?

S.B.- Sin duda, conocer a Teresa del Toro. Y casarme con ella. Teresa tenía 3 años más que yo; después de conocerla, comencé a frecuentar su casa en la calle Fuencarral 2. Teresa era una mujer alta, espigada, de ojos negros... ¡perdí la cabeza por ella! El 30 de septiembre —apenas llevábamos 4 meses de habernos conocido— pedí permiso a su tío Pedro Palacios para casarnos. Yo apenas tenía 17 años.

Y así fue que nos casamos el 26 de mayo de 1802, en la iglesia de San José, que estaba situada en la acera derecha de la calle Góngora. Cundo yo me casé era inmensamente rico, tenía 10 veces más que el dote que la familia de Teresa ofreció.

El 16 de junio, poco tiempo después, nos embarcamos en el puerto “La Coruña”, rumbo a Venezuela.

F.J.N.- ¿Y cómo fue su vida en Venezuela?

S.B.- Nos instalamos en mi hacienda de Yare, donde había empezado una enorme plantación de añil. Todo marchaba bien, pero Teresa, mi esposa, contrajo fiebre amarilla. Lamentablemente, murió en enero de 1803. Ahora que converso con ustedes, he de confesar que el amor que sentí por Teresa fue la más grande pasión que tuve alguna vez. Después de su muerte, juré que jamás volvería a casarme. Después de su muerte, mi duelo fue muy largo, alrededor de 9 meses. Después de todo el dolor, a finales de octubre de 1803, volví a embarcarme hacia Europa. Llegué a Cádiz a finales de 1803. Allí comenzó otra etapa en mi vida.



LOS PRIMEROS AÑOS.

P.S.H.- Muchas gracias por hablarnos sobre aquellos años en Europa; claramente, lo que nos ha contado nos permite conocerlo mejor. Pero no quisiera perder esta oportunidad de hablar sobre más detalles de su vida y de su persona. En primer lugar, estimado Libertador, ¿nos puede decir cuál es su nombre completo?

S.B.- Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.

P.S.H.- ¿Lugar y fecha de nacimiento?

S.B.- Caracas. 24 de julio de 1783. Tengo ahora 40 años.

P.S.H.- ¿Nació en una familia noble?

S.B.- No exactamente. La verdad es que sólo en la adolescencia me preocupé por mi “árbol genealógico”, pero no se puede decir que mi familia fuera “noble”. El primero de mis antepasados que vino a América se llamaba Simón y se ponía “de Bolívar” cuando llegó hacia 1550 o 1560 a Santo Domingo. Pero después, por el lado de mi bisabuela paterna, era evidente que había sangre negra y quizá unas gotas de indio también.

P.S.H.- ¿Se considera “mestizo”?

S.B.- Yo no he usado nunca esa palabra, porque puede significar mucho o nada. Sí he dicho que los americanos ya no somos indios ni españoles. Somos una especie media.

P.S.H.- Aceptemos que no quiera llamarse “noble”, aunque muchos de sus conciudadanos lo consideraron así; pero, ¿negará que es rico?

S.B.- Ojalá lo fuera. Pero fui rico. Mi padre murió cuando yo tenía 3 años de edad. Cuando cumplí los 9, en 1792, murieron mi madre y mi abuelo y se casaron mis dos hermanas. Quedé solo. Sabía muy poco: de la vida y de las letras.

P.S.H.- Y no se puede decir que por falta de maestros

S.B.- ¡Qué va! Primero tuve de tutor a Andrés Bello. Y no aprendí casi nada. Si revisa usted mis cartas de juventud se dará cuenta de mi desastrosa ortografía. ¡Y Andrés era desde chiquito el germen del gramático que sería de adulto! Pobre Andrés. Sólo era 3 años mayor que yo, y debe haber sufrido mucho, porque yo me especialicé en el difícilísimo arte de no aprender nada.

P.S.H.- Y luego fue don Simón Rodríguez

S.B.- Sí. Pero a la época no se hacía llamar “Rodríguez”. Todavía era Simón Carreño. Después fue “Rodríguez”.

P.S.H.- Influyó mucho en su vida, ¿verdad?

S.B.- No “influyó”. Cambió mi vida. Él quiso formar mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Pero eso fue mucho después. En Caracas, Simón Rodríguez fue acusado de estar contra la Corona y, aunque no se lo pudo condenar por falta de pruebas, prefirió marchar a Europa. Yo me quedé solo. Entonces, a los 15 años de edad,

entré en posesión de una cuantiosa fortuna, porque no sólo heredé los bienes de mis padres, sino de mi abuelo y de un tío.

P.S.H.- ¿Mucho?

S.B.- Quizá demasiado. Eran 12 casas en Caracas y la Guayra, extensiones enormes de haciendas ganaderas, campos de índigo en el valle de Suata, minas cerca de Aroa y San Mateo. Y la propiedad de mi tío que, ella sola, me daba una renta de 20,000 pesos. Tenía 16 años. Y, claro, me fui a Europa

P.S.H.- Mucho se ha comentado sobre ese viaje. Se dice que malbarató el dinero de su herencia

S.B.- Es una exageración. Es cierto que actué con la irreflexión natural de un muchacho de esa edad, pero también aprendí a gustar de la lectura, y estudié algo de matemáticas y lenguas. Y tuve relaciones con el poder, porque caí cerca de la corte.

P.S.H.- ¿“cayó”?

S.B.- Casi literalmente. Incluso le boté el sombrero al que iba a ser Fernando VII.

P.S.H.- ¿Que usted le botó el sombrero al Príncipe de Asturias?

S.B.- Pero no crea que fue un acto político. ¡Ni mucho menos! Yo tenía 17 años y él uno menos que yo, Jugábamos a la pelota vasca, y en un rebite le boté el sombrero. Todo el mundo esperó que yo me disculpara. Y no lo hice. Ya estaba cansado de que me obligaran a perder para que el Príncipe ganara el partido.

P.S.H.- ¿Fue entonces cuando “nació” Simón Bolívar, el revolucionario?

S.B.- Nada es nunca tan sencillo. Había llevado una vida disipada, e incluso alcancé cierta extraña reputación en las salas de baile, donde se puso de moda un sombrero que diseñé yo mismo y al que pusieron mi nombre Y fue entonces cuando me reencontré con Simón Rodríguez, a quien había dejado de ver algunos años. El me llevó a Roma Allí, sobre el Monte Sacro, culminó toda mi vida de adolescencia. Todo lo vivido se filtró en una sola decisión, que Rodríguez extrajo de mí. Son aquellos momentos cuando los procesos se vuelven actos y ocurre como si se condensaran los sueños.

P.S.H.- ¿Fue entonces cuando pronunció su juramento?

S.B.- Juro, dije entonces, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta no ver a mi Patria libre de las cadenas que la afligen.

MERCHANCANO Y AGUALONGO

Martín Etxegarai

Esta es tu ración de café y natilla, Agustín, nunca está demás un buen bocado para empezar el día...

—¡Ah!, gratos recuerdos al paladar de los días que pasamos en el convento del Tambo Pintado, mientras nos escondíamos del enemigo, luego de la capitulación de Pasto...

—Un momento, un momento..., las monjas concepcionistas también han enviado unos cuantos alfajores y una jarra tibia de aromático rosero, bébela, está delicioso. Todavía no aclara, Agustín, sin embargo, este tentempié nos permitirá conjurar el frío y el viento arriba en el campanario...

—Y..., ¿te queda algo de tabaco?

—Sí, una ristra entera. Buen tabaco, traído del Apaquí —le extiende un poco de tabaco y lo mira prepararse para fumar—. ¿Recuerdas, Agustín?, no pasaron ni cinco meses desde la rendición de la fortaleza de Pasto después de la

catástrofe del 24 de mayo para que nuevamente por toda la ciudad se escuchen arengas en favor de la monarquía, e incluso, se grite a voz en cuello: “Que viva el Rey”

—¿Cómo olvidarlo?, un grito que en esta ciudad ya nadie proclama, ni nadie parece recordar... Espera, espera, Estanislao... ya que lo dices, quisiera ahora, en esta, la nave principal de San Francisco Xavier, escuchar mi propia voz agrandada por las paredes de la casa de Dios, escucha: ¡Viva el Rey!...

El eco parece dirigirse hacia las alturas del domo principal, para luego perderse en la escalinata que desciende a la cripta.

—Es curioso, pero desde el extrañamiento de los sacerdotes de la Compañía, la iglesia luce desolada y sin lustre, aunque todavía conserva magníficos retablos. Es fama en toda Nueva Granada la magnificencia de su construcción: su estilo, el artesonado, la piedra tallada. También es notable la calidad de sus pinturas: fíjate allá el cuadro de Nuestra Señora de la Luz, y allí, San Juan Nepomuceno, y a tu derecha, el retrato de la Patrona de los ibarreños, todas realizadas al óleo, con una maestría envidiable. Y este, el retablo de San José, tallado y revestido en oro, donación de una generosa dama ibarreña. La escultura no es menos, mira la efigie de Francisco Xavier, toda ella policromada a la manera quiteña, y las personificaciones en bulto de los apóstoles del Señor.

Merchancano, impresionado, contempla un San Miguel Arcángel pisoteando a una serpiente marcada por la muerte.

—Nuestra empresa viene signada por las dificultades, Agustín: el valor, la lealtad al rey, el arrojo, no son suficientes para enrostrar a un enemigo aventajado. Tenemos el tiempo en contra y una economía quebrada por años de un duro desgaste en campañas militares sin fin... Es asombrosa la oculta procedencia de los caudales que alimentan la campaña republicana, es difícil explicar la facilidad con la que se arman y apertrechan las sucesivas campañas de los rebeldes con recursos abundantísimos. Es todo un misterio, ni siquiera las tropas del Rey han podido sostener este ritmo de provisión...

Merchancano, ahora de espaldas al San Miguel Arcángel, parece dirigirse a una pintura de tonos encendidos en donde se adivina el severo castigo destinado a numerosos réprobos. Los primeros rayos de sol de una tibia mañana comienzan a brillar por entre el domo del crucero.



—No tendremos tiempo para organizar una defensa escalonada, lista a repeler cualquier avance del enemigo en profundidad gracias a su numerosa caballería... tú, Estanislao, conoces de sobra que nuestro fuerte está en los cuerpos tácticos de lucha en los desniveles de terreno y en espacios cerrados. No estamos en capacidad de establecer cuerpos móviles para sorprender a los facciosos en donde menos lo esperan, nuestra táctica de palo y montonera no funcionará apropiadamente en un lugar abierto como Ibarra..., tampoco la ciudad representa una ventaja a la hora de establecer defensas sólidas, y además, está la desventaja de una población apática.

Recuerdo bien la carta que enviamos a los notables de Otavalo, solicitando apoyo en esta causa, les notificamos sobre nuestra victoria sobre Flores y nuestro propósito de marchar hacia Quito.... por supuesto, no hubo respuesta, nos engañamos con respecto a la existencia de una organizada resistencia indígena. En cuanto a los conciudadanos de Ibarra, siempre orgullosos de su raigambre española, permanecieron cobijados por un silencio decidor. La suerte ya corrida por nosotros los pastusos en la navidad negra pareció asustarlos, se cuidaban de emprender cualquier aventura armada. Habían abandonado el juramento de lealtad a su Rey.

—Azares de la vida, Estanislao. De todas las Villas españolas, tan sólo Pasto recibió el apelativo de “Leal”, que es mucho mejor que Villaviciosa. Las otras, como Popayán, Cali e Ibarra, muestran en su escudo de armas el título de “Muy Noble” y “Muy Leal”. Pues bien, los innobles pero leales de Villaviciosa estamos todavía con el rey.

—Lealtad, lealtad, Agustín..., en Pasto nunca tuvimos un ejército regular, porque la ciudad entera era el ejército. El apoyo organizado en retaguardia con provisiones superaba cualquier expectativa por el número de efectivos entre la cola y el colmillo, la defensa no dejaba huecos expuestos al avance enemigo. Mujeres, hombres maduros y muy jóvenes servían de enlace entre el frente y el polvorín. La munición situada entre espacios convenientes era un punto crucial: carecíamos de ataque, pero nuestra defensa era a toda prueba. Pero aquí, apenas podemos levantar barricadas con la magra arena extraída de las minas del Tahuando, en el talud del Vergel o a los pies del Valdoré, situados en el extremo oriental de la ciudad. No hay ninguna madera que podría ayudarnos a establecer empalizadas protectoras y fosos, a lo mucho tenemos guabos, guayabos, cholanes y unos cuantos sauces...

—Estanislao, en un terreno desventajoso será imposible aplicar la vieja enseñanza del Gran Capitán, de dividir nuestras fuerzas de tal manera que, si atacan el extremo izquierdo, el ala derecha vendrá en su auxilio, o viceversa. Y si atacan por el centro, los dos extremos estarán libres para movilizarse y aplastar su avance. Nuestro número es escaso y el respaldo de la población es magro, por no decir mezquino. Tú lo sabes bien, un ejército marcha sobre su estómago. No somos una fuerza de ocupación, sin embargo, se nos mira

como tales. Los habitantes de la Villa son irreconocibles, han cedido a una desinformación engañosa que no nos favorece.

—Aun así, tendremos un cuerpo de lanceros destacado junto a la ermita de San Jerónimo en el Batán, otro hacia la demarcación, uno más en la plaza de San Felipe y otro adicional en Chaupiestancia. El resto de la tropa cubrirá toda la ciudad: el Cardón, Sigchos, los Aromos, en los portales de la plaza Constitución y en la calle del comercio, dejando unos cuantos vigías hacia Monjas, el Ejido, Ajaví y Alpagachi. Dejaremos también una válvula de escape hacia el cañón del Tahuando, en los Olivos, como una puerta trasera para salir por los altos del Pajar hacia Aloburo y el Pinllar. La estrategia consistirá en resistir su ataque, repeler el avance de su vanguardia y tratar de empujarlos hacia el sur, hasta Guayllabamba, antes de avanzar hacia Quito. Sin embargo, a veces pienso que nuestro empeño quedará corto por la ausencia de logística, la población ibarreña está dominada por el temor y, prácticamente, somos extranjeros en nuestra propia tierra -dio una larga aspirada al tabaco-. También esperábamos el apoyo decidido de las comunidades de Otavalo, pero ha sido en vano. Hubiéramos podido tener una fuerza auxiliar de resguardo capaz de rodear al enemigo y aniquilarlo, habría estado acantonada en un ramal del Cápac-ñan, que desde el corregimiento se dirige hacia Cahuasquí...

Ambos permanecieron un momento en silencio, fumando despacio.

—Agustín..., la mañana nos alcanza, ya el sol ilumina por entre los ventanales resaltando la belleza del coro y los altares. Creo que debemos subir al campanario... un último buche de mistela nos es preciso ahora, el sabor y aroma del durazno es exquisito. Tenemos a mano el catalejo, un compás y un mapa para situar con precisión la distancia y ubicación de la probable avanzada enemiga.

Agustín ahora sube por la escalera de caracol acompañado de Merchancano. La cúpula de San Francisco Xavier oculta parte de la llanura sur que, descendiendo del Cubilche, baja extensa hacia Carangue. Agualongo, suspendido del travesaño del campanario, otea con cuidado la explanada de poniente que se extiende desde San Antonio hacia Otavalo. Su silueta se recorta a contraluz sobre las pocas nubes presentes sobre el celaje de un lánguido y tedioso verano. Al sur, tras el horizonte, unas pocas motas de polvo aparecen con disimulo perdiéndose entre los árboles: Salom, Barreto, Maza, Ibarra, O’Leary, Álvarez, Medina, Santana, Martínez, Paredes, Herrán, Sandoval, Díaz, Camacaro, Sanoya y Girón cabalgan raudos, llegan acompañados por el brillante sol de la mañana.

Ibarra Julio 17, 1823

BITÁCORA DE VIAJE HALLADA EN LOS RESTOS DE UN CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO DE AGUALONGO

Fernanda Therán

Partí esta mañana hacia la recién conmocionada Ibarra, bajo órdenes explícitas de la dirección de redacción de «El Colibrí» para recoger testimonios de los lugareños que presenciaron, la aplastante victoria de Bolívar sobre los hombres de Agualongo.

No muchos testimonios que tuvieran valor periodístico pude recoger antes del anochecer. Pocos querían hablar con una quiteña, y menos sobre lo sucedido. Desesperanzada ya de buscar a alguien que tuviera el espíritu lo suficientemente templado como para hablar, caminé hacia el sitio donde había estado el campamento de Agualongo. En las calles, aún perduraba el humo y el olor ceniciento de las fogatas que, la noche anterior, habían calentado al ejército pastuso.

Por instinto, por curiosidad o por años ejerciendo el oficio, sospeché que allí hallaría algo sobre lo que pudiera escribir. Y no me equivocaba. En una esquina, alejada ya de la iglesia, encontré los revueltos restos de un campamento: un par de mantas, una cajita con pólvora y escasas municiones, una pequeña olla de acero —todavía portadora de un frío olor a sopa— y un bolso tejido.

Dentro del pequeño bolso encontré un diario de viaje, escrito con una letra inexperta y una redacción cuestionable; pero no por eso me pareció menos valioso y, en ocasiones —debo confesar mi asombro— lírico. He decidido transcribir su contenido respetando las palabras de su autora y tratando de intervenir lo menos posible —salvo cuando considero necesario hacer una aclaración con fines comunicativos y atreviéndome a pulir algunos aspectos de puntuación—.

Jueves 10 de julio, 1823

Escribo cuando tengo tiempo, que es cuando paramos para descansar y dar de beber a los animales. Aunque sucede muy poco. Pero escribo porque siento que algo tengo que hacer para pagar la suerte que tuve de aprender las letras cristianas, gracias a la señora para la cual bordaba yo chales y pañoletas. Anoto todo lo que puedo observar durante el viaje y registro el paso de los días desde que partimos de Pasto hacia la batalla por recuperar, como dice el Comandante Agualongo, las tierras de Su Majestad.

Ahora descansamos a orillas del río Carchi. A mi lado, las otras ñapangas recogen también agua; algunas se lavan el largo pelo y refrescan el rostro. Cuando volvemos al campamento, empezamos a preparar la comida. Las ollas de acero hierven en el fuego y yo aprovecho el calor para secar el follado que se mojó en las rápidas aguas del río. Los hombres son buenos con los machetes, pero malos para tratar con alimentos. Yo no sé qué habrían hecho sin nosotras, que les acompañamos, preparamos la comida, cuidamos a los animales y les calmamos los nervios. Son buenos hombres para pelear, dice el Comandante, pero yo digo que son malos para ordenar la vida. Y están cansados. A nosotras no nos dejan pelear, pero siempre nos llevan con ellos, tenemos que seguirlos. Y también estamos cansadas.

Es la primera vez que voy a cruzar el puente y me apena que sea en estas circunstancias: marchando a la guerra. Dicen que ese puente es más viejo que los Incas, que es una formación natural, como si la tierra mismo hubiera querido que Pasto se conectara con las frías tierras de Tulcán.



Es un puente de piedra blanquecina, muy parecida a la cal. Por el camino noté que las patas de mi yegua aplastaban pequeños montículos de esa piedra blanca que llaman licamancha. Me detuve un momento para recoger un poco, porque esta piedra sirve para combatir la fiebre de las bestias y también dicen que ayuda a que las fracturas sanen más rápido.

Viernes 11 de julio, 1823

Agualongo nos ha mandado a despertar temprano y ha reunido a hombres y mujeres en la plaza de Tulcán. Ha dicho unas palabras para que ninguno tenga dudas de que se encuentra en el bando correcto. Y para que la gente que vive alrededor escuche, tenga miedo, corra el rumor, acepte que su ciudad ha sido «liberada», como dice él.

Mi marido jamás ha dudado. Esta mañana, él ha sido seleccionado para ser uno de los hombres que se encargarán de golpear puertas de casas —abrir las a la fuerza si es necesario— y reclutar a más hombres para la causa del Comandante. Hoy será el encargado de forzar a los dudosos, darles armas, palos, palas, machetes. Es una tarea triste.

No quiso decirme cuántos reclutó durante la mañana, pero el rumor en el campamento es más fuerte, la sopa se acaba más rápido. La gente del lugar nos cierra las puertas y las ventanas cuando nos ven pasar. Supongo que es el miedo, el mismo que sentimos nosotros cuando veíamos a las tropas de Bolívar pasear por nuestras calles, en Pasto. Pero creo que no es a nuestro ejército a lo que le temen. Creo que le temen a la guerra, a lo que se pierde con la guerra. O eso es lo que temo yo. Ya no me preocupa estar en el bando correcto o no, porque, como decía mi tía Inés, las cosas para las mujeres poco cambian si vivimos sobre suelo colombiano o suelo español. A mí lo que me asusta es lo que la guerra nos arrebató, los hijos que se lleva, las familias que desangra, las tierras que devasta.

El volcán Chiles —así dicen que se llama— ha amanecido nevado. Algunos dicen que es buen augurio, otros piensan lo contrario.

Dejamos Tulcán hace unas horas; el Comandante ha ordenado que nos detengamos y armemos el campamento cerca de un poblado cuyo nombre desconozco. Las pequeñas casitas se mezclan muy bien con las colinas de esta geografía. Corre el rumor de que Agualongo conoce a gente allí, y que busca a más hombres que se unan a sus filas. Los rumores parecen ciertos, porque en la noche, una comitiva formada por Agualongo y algunos de sus capitanes, se reunieron, protegidos solo por la luz del fuego, con una delegación de indios que visten con ponchos multicolores.

Escribo esto con la intención de que alguien, alguna vez, sepa que existimos. Que soy la compañera de uno de los hombres de Agualongo, uno de la tropa, uno que no tiene un cargo importante —aunque en el campamento, los capitanes no se cansan de repetir que todos son importantes—. Agustín se llama mi esposo, como el Comandante. Agustín Pupiales. Y yo me llamo María Yandún. Marchamos con Agualongo hacia la tierra de Ibarra. Yo no traigo más que la compañía

de una yegua y mi marido no lleva más que un machete y una pistola que robó en alguna contienda pasada. Teníamos un hijo que murió en Pasto. Agualongo nos saluda con cordialidad —como a todos, inclinando la cabeza— cuando cabalga vigilando el avance de su ejército.

Domingo 13 de julio, 1823

Tengo curiosidad por conocer los ejércitos enemigos. ¿Será que también marchan con sus mujeres? ¿Será que las mujeres de Bolívar se visten con un follado parecido al mío? ¿Será que también están hartas de la guerra? ¿Será que ellas se sienten «libres», como se proclaman los hombres del zambo Bolívar?

Nuestra llegada a Ibarra ha despertado emociones contrarias y agitación. Algunos hombres, muy pocos, esperaban ya, anticipados por los mensajeros de Agualongo, y se han unido rápidamente a nuestro ejército. Otros han sido obligados a hacerlo, como siempre. Al menos esta vez no ha sido mi esposo uno de los encargados. Hay varias casas vacías, abiertas de par en par, abandonadas.

Llegamos a la hora de la misa y pudimos ver a las mujeres ibarreñas camino a la iglesia, protegiendo los rostros del viento con sus chales oscuros. Algunas se santiguan cuando nos ven pasar. Vi a una darnos la bendición. Entre ellas hablan, murmuran y nos señalan.

Miércoles 16 de julio, 1823

Nos hemos hecho con armas y alimentos que los hombres roban del mercado. Algunos, como el comandante, prefieren comprar, tratan de ser amables, dejar buenas impresiones. Hemos ocupado las plazas, los parques, las esquinas, las calles para entrenar a los más inexpertos y a los nuevos, recién reclutados. Mi marido está en el grupo de los que se dedican a armar barricadas en algunos sitios estratégicos. A veces también ayudamos nosotras, las mujeres, cargando maderos que ellos afilan con los machetes.

Odio las mañanas en que Agustín y yo estamos separados. Antes de partir, ha comido un poco y ha dicho pocas palabras de cariño. Temo no volverlo a ver. Aunque el comandante logre derrotar a las tropas del libertador, no sé si mi esposo estará entre los victoriosos. ¿Y entonces qué? ¿qué haría yo con esa victoria? Le he dicho que trate de huir, que utilice la confusión de la batalla para retirarse. Sueño con volver a Pasto, a la tumba de mi hijo, a terminar ese chal rojo que dejé pendiente.

Jueves 17 de julio, 1823.

Todo empezó con un bullicio más fuerte que las ollas y las conversaciones. Suenan tambores, o caballos, o huesos rompiéndose, o disparos. O mi corazón que salta de miedo. O todo a la vez. No sé qué hora es. Una nube de polvo tapa el sol. No veo a Agustín en ninguna parte...

Hay algunos rayones más que no logro comprender y no puedo transcribir, son ilegibles, escritos con verdadero horror.

“La leona de Los Andes”

Luego del triunfo de los republicanos en la batalla del Pichincha —en 1822— y la expulsión de los ibéricos, por rumores y por un presentimiento de que algo podía ocurrir, tomé mi equipaje. Atravesé Tulcán, Ipiales, y llegué a Pasto, un año después de la batalla de independencia. No llegué como “puendo” —es decir, extranjero—, yo pertenezco a una familia antigua de la región, los Yandún.

Alrededor de un fogón, con tinticos y un aguardiente, la tertulia surgió espontánea. En la confianza, entre mis viejos conocidos, me atreví a preguntar: “¿Cómo se formó Pasto?”. Una mujer, la más anciana de la familia, se adelantó a contestar, mientras todos escuchaban en silencio:

—Comunidades de Tulcán e Ipiales se juntaron, en esta tierra, con los originarios quillasingas y paitianos; de este mestizaje nacieron los Pastos, que se asentaron en el valle de Atriz, en las faldas del volcán Galeras...

Antes de que la anciana pudiera continuar, otra pregunta llegó para animar el fogón:

—Y quiénes fueron los quillasingas? -interrogó el más pequeño, uno de mis primos lejanos.

—¡Ah, qué buena pregunta! Fue una tribu guerrera, muy valiente. Dicen que al igual que los cayambes y carangues de Quito, resistieron la invasión Inca por más o menos 20 años. Por eso se conoce a Pasto como la “Leona de los Andes”: un pueblo incansable e indomable.

—¿Y qué hay de su fundación? -preguntó uno de los hombres que hasta entonces había estado en silencio, bebiendo el café.

—Se afirma que lo erigió Pedro de Puelles, en 1537 -respondió la anciana-. Pero sus aniversarios están unidos a su devoción católica, y se celebran cada 24 de junio, día de San Juan Bautista, patrono de la ciudad.

Así, entre preguntas e historias, Pasto me dio la bienvenida.

“El caudillo de Pasto”

Misión especial de mi estancia en Pasto era descubrir quién era Agualongo. Visité al padre Miguel Rivera, párroco de la Iglesia San Juan Bautista, para tratar de obtener algo de información. Lo fui a buscar en el templo, y me acerqué a él cuando terminó de dar la misa.

—Disculpe, Padre... ¿podría hacerle unas preguntas? El cura me miró sorprendido, pero asintió amablemente.

—Gracias, Padre. Quería saber...¿Qué conoce usted sobre Agustín Agualongo?

—¿Por qué preguntas, hijo? Bueno, Agualongo nació en Pasto el 25 de agosto de 1780. Fue bautizado en esta misma parroquia. Conocí a sus padres, fueron Manuel Agualongo y Gregoria Cisneros Almeyda. Eran montañeses, aunque Agualongo tiene origen español. En sus inicios, el mestizo Agualongo entró en la escuela de Artes y Oficios a aprender pintura al óleo. Era un niño con mucho talento, lo recuerdo...Pero cuando pasaron los años, se pasó a la carrera militar. Se casó con Jesusa Guerrero, pero luego se divorció. Tuvo una sola hija, María Jacinta Agualongo, a la que nunca reconoció. Pero, ¿por qué preguntas...?

Rápidamente le di las gracias al Padre Rivera y dejé su iglesia. Fui en busca del juez y militar Estanislao Merchán Cano, quien fue el mentor y protector de Agualongo. El camino hacia él fue breve y ameno. Lo encontré tomando el sol en el patio principal.

—Disculpe, señor Juez —él me miró, sorprendido por la visita repentina-. Estoy tratando de hacer una investigación para el diario “El Colibrí”, que se publica en Otavalo. ¿Lo conoce?

El hombre asintió despacio, todavía sorprendido.

—Estoy haciendo una investigación sobre Agustín Agualongo —complementé.

—Ah, Agualongo. Ahora todo mundo quiere saber de él. Puedo ayudarle en lo que necesite, si es que está a mi alcance. Me agrada “El Colibrí”, he leído algunas de sus notas...

—Muchas gracias, señor. Ya que usted que fue protector de Agustín Agualongo, ¿puede esbozar un perfil de su vida militar? —pregunté.

—Bueno, Agustín es un líder nato. Tiene dos objetivos claros e innegociables: defender a Dios y respaldar al Rey; y dar la vida por la Iglesia y por la Corona. Sé que lo llaman “el caudillo de Pasto”. También sé que la monarquía tiene plena confianza en su bravura y lealtad. Este hombre de pequeña estatura, de mirada fija y de temple de acero, ha convertido Pasto en un fortín de la monarquía española. Hombre de plena confianza de Sámano y Obando, hombres del Ejército Real —en la voz del hombre había un claro orgullo.

Ascendiendo al Calvario

—Señor Juez Merchán, ¿por qué Pasto no apoya las causas de la independencia? —me atreví a preguntar, después de notar la efusividad con la que hablaba de Agustín Agualongo. Antes de contestar, me miró por un largo rato.

—El pueblo pastuso se ha alineado con las causas monárquicas y ha rechazado la presencia de las tropas republicanas desde siempre. Pasto ha sido víctima de guerras sangrantes que le llevaron a una larga agonía, pero no a la muerte. Luto sin límites. Déjeme mencionarle algunas...

Lo vi tomar aire y luego continuó:

—Recuerdo que Feliciano Checa y Pedro de Montúfar, allá por 1811, saquearon la región. Pasto sufrió mucho su ataque. Luego vino La batalla de Boyacá, en 1819, que puso frente a frente a Bolívar y Santander contra el ejército realista capitaneado por Barreiro, fue un triunfo radical de los libertarios, pero una derrota sangrante y humillante para los realistas y para pueblo pastuso. Luego de la victoria en el Pichincha, en mayo de 1822, Sucre llegó a Pasto, en el mes de diciembre, y protagonizó una “masacre” contra este pueblo, como represalia por su ratificada filiación monárquica. Recordaremos con aflicción aquel diciembre, aquella noche que el pueblo bautizó como la “navidad negra” —dijo.

Noté que en sus palabras pesaba ahora un profundo rencor y un dolor incalculable.

La batalla del Tahuando

Cada vez eran más los rumores que afirmaban que Agualongo iría a Quito, más específicamente a Ibarra, al valle del Tahuando. Así que dejé Pasto y me dirigí a esa ciudad. Quería ser testigo de lo que podía ocurrir. Y lo previsto sucedió. Agualongo entró a Ibarra con un ejército de entre 2000 y 3000 guerreros, la mañana del 12 julio 1823.

¿Y dónde estaba Bolívar? Esa era la incógnita. Se supo que estaba en Guayaquil, pero que ya había emprendido la marcha

a Ibarra; no iba a permitir que Agualongo continuara con lo que él, Bolívar, llamaba “necedad y obsesión”.

El 17 de julio de 1823, en pocas horas, en Ibarra, el ejército de Bolívar, con una poderosa caballería, derrotó a las tropas de Agualongo.

Esperemos que con este hecho se selle la lucha por la libertad de Quito.

La bienaventuranza del agua

Llegó la noche a Ibarra. Se respira ya un aire de temor e incertidumbre. Pero para mí había algo pendiente: ir a San Pablo, el lugar donde pernoctó Bolívar. Este poblado tenía dos celosos guardianes: el monte Imbabura y su bello lago. Se sabe que el ayllu de San Roque de la laguna fue dividido, y una parte —acaudillada por el poderoso Cacique Otavalo— pasó a formar parte de tierras sarances. Y todo lo demás a San Pablo. Bolívar, me dicen, se hospedó en una casa que estaba a la vera del camino que conduce a Ibarra.



BOLETÍN DEL EJERCITO LIBERTADOR

Cuartel General de Ybarra
18 de julio de 1823

Los facciosos de Pasto capitaneados por el traidor Agustín Agualongo, después de la ventaja que obtuvieron destruyendo la guarnición que mandaba el coronel Flores, marcharon sobre esta villa animados con aquel suceso, y con la retirada que, hacia nuestra columna de vanguardia a las órdenes del S. General Salom, avanzada hasta el Puntal. S. E. previno siempre a este General, que de ningún modo comprometiese su fuerza, y que atrajese al enemigo todo lo posible para poderlo batir en un campo abierto, y lejano de las guaridas de Pasto. Así se ejecutó, y el 12 por la tarde ocuparon los facciosos esta villa. Nuestras fuerzas replegaron hasta Guayllabamba, así para lograr el plan adoptado, como para reunir las columnas de retaguardia que venían desde Guayaquil. Organizadas todas en tres secciones, la primera compuesta de los Guías de la Guardia y batallón Yaguachi, al mando del S. General Salom, la Segunda de Granaderos a caballo, y Vargas a las órdenes del S. General Barreto, y la Tercera compuesta de la artillería y Batallón de Quito, a las del S. Coronel Masa, marcharon el 15 por la vía de Tabacundo, y ayer a la una de la tarde estuvimos sobre este lugar, en donde permanecían los facciosos en número de mil y quinientos hombres, de toda arma, ignorando nuestros movimientos, y ocupados en robar, y remitir a su retaguardia los efectos de su botín.

S. E. el Libertador en persona con sus ayudantes de Campo y ocho Guías, hacía la descubierta. El enemigo enteramente descuidado solo tenía en la dirección que traíamos una partida avanzada cuidando bestias, que fue lanzada por la muestra: dos hombres que de ella escaparon heridos, dieron aviso al enemigo, que inmediatamente se alarmó. S. E. hizo colocar a derecha e izquierda del camino la infantería, y la caballería en el centro con orden de tomar la Villa avanzando simultáneamente. Apenas supieron los facciosos que se les atacaba, emprendieron retirarse y situarse del otro lado del río de esta villa, posición muy defensible por escarpada y estrecha, con un puente por medio; pero nuestra caballería que recibió orden para cargarlos en el acto, lo ejecutó de una manera tan veloz, que desde las calles fueron puestos en desorden y empezaron a morir a lanzazos. Tres veces pudieron reunirse y defenderse desde el puente hasta el alto de Aluburu, porque nuestras tropas en el estrecho no pudieron pasar tan rápidamente como lo deseaban. La obstinación de los Pastusos en defenderse y cargar era inimitable y digna de una causa más noble; pero en el día de ayer todo les fue inútil, porque nuestros Granaderos a caballo y Guías marcharon resueltos

a exterminar para siempre la infame raza de Pasto. La mayor parte de ellos han muerto, y los que pudieron escapar dispersos, no pueden llegar al Guaitara, sin ser presos por nuestra caballería que los sigue, y por las pueblos y partidas patriotas del tránsito de los Pastos. Desde esta villa hasta Chota se encuentran más de Seiscientos muertos en quienes el coraje de nuestras tropas y la venganza de Colombia, aún no ha podido saciarse. Su armamento y cuanto tenían aquí, está en nuestro poder.

No puede ponderarse la audacia y determinación de nuestros jefes y oficiales de una manera que corresponda a lo que han hecho. El benemérito Señor General Salom se comportó del modo mas arrojado que puede decirse, y el Señor General Barreto con el valor que acostumbra. Se recomienda muy particularmente la conducta de estos dos bravos generales la del Señor Coronel Ybarra primer Edecán de S.E., la del Teniente Coronel Medina que hizo prodigios como nadie; la de sus otros Edecanes, Álvarez, O'Leary, y la del Capitán Santana, la del Comandante de Guías Martínez, y el de Granaderos a caballo Paredes, el mayor de Guías Herrán, los capitanes Sandoval y Pio Díaz, el Teniente Camacaro, los alférez de Guías Sanoja, y Jirón, y todos los demás Subalternos, de Caballería. Nuestra infantería aunque no pudo entrar en combate, toda ella manifestó los más vivos deseos de combatir y se distinguió muy singularmente el mayor Arebalo de Yaguachi. Los coroneles Chiriboga y Masa, y los comandantes Farfan y Payares llenaron su deber, como todos los demás oficiales y tropa.

Solo hemos tenido trece muertos y ocho heridos, entre ellos el comandante Martines, dos subalternos de levedad, y solo un soldado de gravedad.

Los miserables restos que han podido escapar son perseguidos en todas direcciones por la caballería y S. E. mismo lo hizo hasta el puente de Chota. La infantería sigue hoy por la ruta principal.

Reciba Colombia, y particularmente el departamento de Quito las congratulaciones del Ejercito Libertador por haberlo dado su libertad por tercera vez, y en circunstancias más difíciles que en otras.

*El Ayudante General
Visente Gonzales.*